

El Período
Revolucionario
de 1879 a 1895



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

www.iddd.org

Dr. Eusebio Hernández y Pérez

Profesor de la Universidad

e Individuo de Número de la Academia de la Historia de Cuba

El Período Revolucionario de 1879 a 1895

Publicado en la "Revista de la Facultad de Letras y Ciencias"
Julio, 1914

HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
TENIENTE REY 27
1914

LA BIBLIOTECA
CESAR GELADO
LIBROS Y
DISCOS USADOS
Belascoain 566

\$...../.....



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

Centro de Estudios e Investigación
de la Universidad de Zaragoza

EL PERIODO REVOLUCIONARIO DE 1879 A 1895.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN

Dr. Eusebio Hernández y Pérez

Profesor de la Universidad

e Individuo de Número de la Academia de la Historia de Cuba

El Período Revolucionario de 1879 a 1895

Publicado en la "Revista de la Facultad de Letras y Ciencias"

Julio, 1914



HABANA
IMPRENTA «EL SIGLO XX»
TENIENTE REY 27
1914



DR. EUSEBIO HERNÁNDEZ Y PÉREZ

Profesor de la Universidad de la Habana e Individuo de Número
de la Academia de la Historia de Cuba.

*Recuerdo afectivo a mi
padre de guerra Gal Don
nave de los Coches, distinguido
representante*

Hernández



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

UNIDAD DE INVESTIGACION
DE LA HABANA

EL PERIODO REVOLUCIONARIO
DE 1879 A 1895

Señoras y señores:

Esta conferencia debió haber tenido lugar el dos de marzo, día señalado por mis queridos amigos los doctores Evelio Rodríguez Lendián y Max Henríquez Ureña, en la serie por ellos organizada con maestría sobre historia contemporánea de Cuba; pero el período de diez y seis años que me designó el doctor Max Henríquez en vista de la participación que en él tomé, junto con mis llorados compañeros los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García, Flor Crombet, Carlos Roloff, José Martí, José Maceo, Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez, Ramón L. Bonachea, Quintín Banderas y otros ilustres desaparecidos; y el Marqués de Santa Lucía, Francisco Carrillo,



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

INSTITUTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Emilio Núñez, Agustín Cebreco y Rogelio Castillo, vivos aún para bien de la Patria, creada con sus heroicos esfuerzos y los de los próceres surgidos el 95, no por más jóvenes menos esforzados titanes de nuestras épicas luchas; ese largo y movido período, digo, es poco conocido, y por el natural respeto que me inspira el público que aquí se congrega habitualmente, y que tan entusiasta recibimiento me acaba de dispensar al escalar esta tribuna, y por el interés que debemos poner en la mayor exactitud de la historia patria, he de aguardar en vano algunos datos que se me ofrecieron, y buscar yo mismo en nuestra biblioteca Nacional, sin mayor éxito, los comprobantes de los hechos que he de exponer.

Y heme aquí, a 27 de abril, obligado a confiar ese trabajo a mi memoria, no muy feliz de fechas y lugares, aunque bastante de los hechos culminantes que caracterizan esa época de mis mocedades, a través de la que he pasado con vida y con deseos de admirar y de referir a nuestro pueblo en días como éste de sinceridad histórica, los fundamentos de nuestra independencencia y de nuestra libertad, adquiridas al precio del más puro patriotismo, de ese sano y generoso impulso que congrega a los hombres desinteresados alrededor de una idea madre encarnación de la vida, de la familia, de la propiedad y del interés civilizado de un grupo social preparado para hacer obra propia, y para contribuir al mejoramiento y bienestar de la sociedad, como factor importante, principalmente de la parte que sufre, de la que todo lo ha dado sin recibir nada, en cambio, hasta estos últimos tiempos.

Pero antes de proseguir permitidme que hable de mi ausencia del banquete dado anoche por el presidente saliente en obsequio del General Menocal y de sus amigos y compañeros de gabinete, también amigos míos, y algunos muy queridos y todos muy apreciados por mí, referencia que hago por la significación que se le ha querido atribuir por algunos órganos de la prensa; y como me interesa que todo el que lo desee pueda discernir la verdadera causa de mi ausencia de ese banquete, me complazco en saludar al entrante Presidente de la República, al Vicepresidente y a los señores Secretarios, y a fuer de liberal bien intencionado, en declarar que espero del nuevo gobierno días mejores para Cuba, con la rectificación de la vida política y administrativa que nos agobia, y de la que en manera alguna se puede hacer responsable a la inmensa mayoría del partido liberal. Por otra parte, cubanos son como nosotros los que vienen, amantes' como nosotros de



la felicidad de la Patria, y pasado el período de lucha electoral deber es de todos los ciudadanos, y principalmente de los que integran los partidos políticos, propender a que haya una buena administración nacional. Y como no soy pesimista, porque el pesimismo depende de alguna cualidad negativa, o del desconocimiento de las leyes biológicas, y mis cualidades en ese sentido son—permitidme que lo diga—todas positivas, supuesto que me encuentro siempre dispuesto a hacer todo el bien posible a la Nación, me creo obligado a pensar que todos los cubanos (que no hayan demostrado después de la independencia lo contrario) están dispuestos a realizar, por lo menos, iguales esfuerzos por ella.

Saludo, pues, a esos nuevos gobernantes cubanos que de seguro pondrán su corazón, su inteligencia y su vida al servicio de la Patria.

Cumplido este deber, entro de lleno en el tema de mi conferencia. Pensad que el esfuerzo de memoria que comienzo a realizar en este instante es grande; nos separan de 1879, 34 años. Era muy joven, casi un niño, como muchos de los fieles de aquel tiempo que veo sentados junto a esta tribuna, como los señores Fernando Figueredo, Teodoro Pérez y Néstor L. Carbonell; pensadlo para que seáis más benévolos, si cabe, aunque podéis estar persuadidos de que, si bien notaréis inevitables y sensibles omisiones de hechos, de personas y de lugares, confirmaréis en todo tiempo la exactitud de cuanto salga de mis labios.

Esta es, pues, una exposición testificativa, que podrá completarse en lo adelante por quienes tengan la oportunidad y el tiempo que a mí me faltan de reunir los datos de aquel crítico y por muchos conceptos interesante período.

El precedente histórico de 1879 está sintetizado en el convenio del Zanjón, convenio impuesto por la época y la organización social de la Colonia, a los revolucionarios de la década histórica del 68.

Consistía aquella organización social en las facultades omnímodas de un Capitán general, de varios Gobernadores y de multitud de capitanes pedáneos enviados por la Metrópoli para gobernar la Isla, apoyados en un ejército de mar y tierra, en algunas audiencias sumisas, y en un clero siempre complaciente con el poder. Dividida la sociedad en dueños y esclavos o explotadores y explotados, en blancos y negros, y los blancos en españoles y cubanos, con distintos derechos, era fácil evitar una inteligencia en-

tre los insulares contra sus dominadores. De ahí que los primeros revolucionarios antecesores y contemporáneos de Narciso López pensarán en la anexión como único medio de romper las cadenas metropolitanas, y de ahí que a las causas de las divisiones señaladas viniera a sumarse la anexión en contra de la posible inteligencia de los cubanos intelectuales, distanciando a reformistas y separatistas: los reformistas con Saco a la cabeza eran antianexionistas, y muchos de los revolucionarios con Narciso López al frente, anexionistas.

En 1868 no se podía hacer aún, como se ha visto, una revolución total con probabilidades de vencer, sino una revolución removedora de los obstáculos que impedían la franca inteligencia de los habitantes del país. Así lo comprendieron Céspedes y Aguilera que libertaron a sus esclavos, y los inmortales miembros de la Asamblea de Guáimaro, cuyos nombres gloriosos deben repetirse siempre para grabarlos en la memoria y en el corazón de nuestro pueblo: la Asamblea constituyente de Guáimaro reunida el 10 de Abril de 1869, fué presidida por Carlos Manuel de Céspedes, actuando como secretario Ignacio Agramonte, y respondiendo a la lista de representantes Antonio Zambrana, Francisco Sánchez, Miguel Betancourt Guerra, Jesús Rodríguez, Antonio Alealá, José Isaguirre, Honorato del Castillo, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio García, Tranquilino Valdés, Antonio Lorda y Eduardo Machado, que escribieron la página más gloriosa de la historia de Cuba, con un valor y un desinterés frente a los esclavistas que eran los dueños del dinero, comparable solo a la convicción que tenían de que mientras no desapareciera la esclavitud, Cuba no podía ser libre; y contra la Institución monárquica proclamaron la República, contra el gobierno personal establecieron el gobierno constitucional en plena guerra; contra la esclavitud proclamaron la abolición completa y la igualdad de todos los hombres ante la ley, y contra el régimen colonial y la anexión, la independencia absoluta y la República democrática.

A los cinco años de formidable lucha armada dentro, los revolucionarios de fuera empezaron—acaso sin darse cuenta de ello—a descuidar el envío de armas y municiones. Las expediciones despachadas fueron apresadas en su mayoría y fusilados los expedicionarios. El ejército separatista no acometió la invasión estimada por todos indispensable, sino para diezmarse en los gloriosos combates de “Las Guásimas” y “Naranja”, y producir las “Lagunas



de Varona'', síntomas de descomposición y de muerte que tuvieron su principio en la deposición funesta de Carlos Manuel.

En esa época, Occidente solo, producía tanto como antes del 68 la Isla entera, y el Gobierno Colonial podía sostener la guerra con recursos de la Colonia, además de los empréstitos que pudo contratar. Logró España aislar la revolución—organizada y potente en Oriente y Camagüey—impedir la propagación de sus principios en Occidente, y mantener desde las Villas hasta Pinar del Río inalterable *la esclavitud con todos sus horrores, el boca-abajo y el grillete, la venta separada de los padres y de los hijos, del marido y de la mujer*. Durante los últimos cinco años, el ejército cubano se vió obligado a tomar las armas y las municiones necesarias para la defensa de su causa, en las fortalezas enemigas, sin calzado, sin sombrero, sin ropa, sin alimentos, sin medicinas, sin refuerzos y, lo que es más grave, sin que el resto del país se diera cuenta de la importancia de tantos sacrificios.

¿Cómo hacer en ese estado de la conciencia pública la propaganda de las doctrinas revolucionarias entre los pacíficos de Occidente, sustituyendo el hábito de sumisión por el germen de la rebeldía dignificadora? ¿Cómo lograr la abolición de la esclavitud en toda la Isla? ¿Cómo obtener la inteligencia entre todos los insulares y los peninsulares identificados con las aspiraciones del país? De una sola manera: *estableciendo una tregua que permitiera y organizara la propaganda. Tal fué el convenio del Zanjón.*

¿Quién concibió ese convenio? ¿Las circunstancias? ¿La Providencia? Nosotros decimos que las leyes biológicas que por igual rigen los fenómenos de la vida social y los de la vida individual; que el hombre, eslabón de la cadena social, factor y fenómeno a la vez en la lucha por la existencia, orienta unas veces, otras es orientado, impone a ratos determinados hechos, ideas determinadas, y en otros se los imponen a él, ¡que a tanto alcanza el influjo de la herencia, del medio y de la selección natural en acción constante sobre las multitudes, con o sin la mediación de la conciencia individual!

Así se explica que los mismos que pactaban el Zanjón se mostraran disgustados, intranquilos, protestantes; que una parte numerosa de los Jefes, y entre ellos los principales caudillos, prefiriera salir de la Isla, y se irguieran otros en la hermosa protesta de "Baraguá", si no más aguerridos mejor municionados, y ajenos por esto a la necesidad inmediata del Zanjón, como lo demuestra



la última batalla ganada por Pedro Martínez Freire, a Santos Pérez, terror éste de Guantánamo al frente de sus guerrillas, destrozadas, no obstante, como he dicho, al finalizar la guerra del 68. Prueba de que se trataba simplemente de una *tregua* fatal e ineludible.

Y si el pacto del Zanjón fué una tregua indispensable para conseguir la total abolición de la esclavitud, y llevar a cabo la propaganda de las ideas revolucionarias a la sombra de la legalidad resultante, tenían que surgir como corolario dos acontecimientos que llenaron el período subsiguiente de dieciseis años, del 79 al 95: primero *el agente* de propaganda legal, segundo *el agente* continuador de la labor revolucionaria que dificultara la paz completa en la Colonia. De ahí la formación del Partido Autonomista, y la constitución de las Juntas Revolucionarias que mantuvieron sin descanso la amenaza de una nueva guerra, porque el Zanjón no era ni debía representar la *paz*, el Zanjón era una *tregua*, *interrumpible* el día en que la conciencia del país permitiera continuar sin obstáculos insuperables la lucha por la independencia.

Examinemos esos dos acontecimientos empezando por la constante labor revolucionaria, que hizo inútil la obra del Zanjón para la Metrópoli y fructífera para Cuba. En 1874 ocurrió un hecho que pareció decisivo en contra de la Revolución, que consternó a los patriotas ya quebrantados moralmente con la muerte de Agramonte en 1873 (11 de mayo), y la de Céspedes en 1874 (27 de febrero). Todos recordaréis que el general Calixto García Iñíguez, tuvo la heroica arrogancia de esculpir en su frente la Estrella Solitaria con la última bala de su revólver, y de ofrecerla con sus despojos al enemigo antes de ser su prisionero de guerra. Y ese coloso que cayó al parecer perdido para su causa, que arrancó lágrimas de eterna despedida de millares de ojos que en él veían una esperanza de redención, que debiendo haber sido fusilado se salvó por su estado moribundo, ese hombre glorioso que sobrevivió para encabezar en su día—como el más caracterizado de los Jefes de aquel momento por no haber participado en el Zanjón—la protesta armada contra aquel pacto.

Hallábase en las prisiones militares de "San Francisco" el héroe de cien batallas, desesperado por las noticias que llegaban de un arreglo posible entre la Metrópoli y la Colonia; los jóvenes que vivíamos en intimidad con él (Antonio Rojas, Rafael Fer-



nández de Castro, Varela Jado, Raimundo Menocal y otros muchos) teníamos el mismo estado de ánimo. Las visitas menudeaban, y al fin se concertó la fuga del general García, y por una imprudencia, como generalmente ocurre, se descubrió por el Gobierno Español. Fué, en consecuencia, trasladado a una fortaleza de Pamplona, y tratado con mucha severidad; su calabozo era oscuro y húmedo; en poco tiempo se había hinchado y debilitado en extremo, a tal punto que su pobre madre—a quien acompañé desde Madrid—perdió las esperanzas de volverlo a ver; por fortuna los preparativos de la paz mejoraron su situación, y en 1879 fué puesto en libertad.

Algunos meses más tarde celebró José Antonio Cortina varias conferencias en Madrid con jóvenes de la Colonia Cubana, a propósito de afianzar en Cuba un partido eminentemente cubano, heredero de la revolución y propagador de la autonomía, un partido, decía, en el fondo separatista a larga fecha (declaración póstuma que hago porque Cortina fué siempre partidario de la independencia, tanto que cuando murió estaba en relaciones con Máximo Gómez, con Maceo y conmigo), *partido que uniera* a todos los amantes de la personalidad cubana dentro de la legalidad. Por aquellos mismos días habíame anunciado el general García desde Nueva York, la llegada a España, presos, del Brigadier Flor Crombet, y de los coroneles Pedro Martínez Freire, José María Rodríguez y Beola. Con grandes dificultades conseguimos que los mandaran a Madrid con la ciudad por cárcel. Nos ocupábamos en comunicarnos con los Jefes que quedaron en Santiago de Cuba para que si se veían amenazados se lanzaran al campo. De manera que, cuando Cortina hacía la propaganda por su partido, yo me entrevistaba con los Jefes presos, y declaré a mi amigo José Antonio que no creía posible ninguna evolución política que tuviera por base la sinceridad del Gobierno Metropolitano, del que en aquella época jamás fuí amigo; abrigando, en cambio, la firme creencia de que la solución del problema cubano estaba en la independencia, sólo realizable desgraciadamente por medio de la guerra. Y nos separamos, Cortina para Cuba legal, yo para Cuba revolucionaria.

Entre las telas de un puño de camisa, si mal no recuerdo, llevaba yo el documento redactado por Pedro Martínez y firmado por Mayía, Flor y Beola. Siguiendo las instrucciones verbales que me dieron, fuí a mi llegada a Santiago a la botica del actual general Tomás Padró Grillán; me hice reconocer y fuí presen-



tado por él a los coroneles José Maceo, Quintín Bandera, el capitán Néstor Prado y a Guillermón, no así al general Santos Pérez ni al coronel don Silverio del Prado.

Al siguiente día, recibí en el hotel, la visita del Jefe del partido autonomista, Urbano Sánchez Echevarría, ilustre abogado en quien tenían la vista fija para ponerlo al frente del movimiento, Crombet, Martínez Freyre y Mayía; pero después de la prisión de ellos, suponían con razón que Urbano estaría aterrado, y acaso en contra del movimiento, y aunque todos confiábamos en su caballerosidad, me advirtieron que no me franqueara con él, ni con Guillermón, a quien dominaba Urbano. A Guillermón, decía José Maceo, "lo sacaremos a la fuerza en su día".

En la misma actitud en que estaba Urbano se había colocado Santos Pérez, y en vez de un amigo debíamos esperar que nos combatiera. Santos Pérez, gran admirador de Martínez Freyre y de Crombet después de la guerra, que como ellos estimaba lo suficiente a Urbano Sánchez para aceptar su jefatura, creía asegurado el triunfo de los cubanos con la llegada de Calixto y de Antonio Maceo. Pero Calixto y Antonio Maceo no llegaron. Flor, Pedro Martínez y Mayía estaban presos, y el 26 de agosto cuando por evitar la prisión de Maceo, Banderas y otros nos sublevamos en Santiago a las siete de la tarde, bajo la jefatura de dichos jefes y la de Guillermón, sacado de su casa enfermo y sin entusiasmo, Santos Pérez no solamente no salió (como ya lo había advertido), sino que redujo a prisión a don Silverio del Prado, hábil medida para librarse los dos de las sospechas que de ambos tenía el Gobierno. Como se ve, nació herido de muerte por la prisión de Pedro Martínez, Flor y Mayía, y por la demora de Calixto y Antonio Maceo, el movimiento más grande que en su inicio ha tenido lugar en Cuba. Sólo así ha podido darse el nombre de "Guerra Chiquita" a la más grande de las recién nacidas revoluciones, *demonstrativa de la protesta del país contra el Zanjón, y demostrativa también de que no se había hecho aún la propaganda necesaria*; de otro modo Occidente hubiera secundado en el acto a Oriente, y la luz imperceptible que en los anales históricos de Cuba señala ese período, sería el foco más luminoso del gran período de luz de nuestras decisiones heroicas, es decir, del gran período de sublime protesta armada de un pueblo cansado

de los ultrajes sistemáticamente inferidos a la dignidad humana, principalmente con el sostenimiento inicuo de la esclavitud.

Como habréis podido advertir, el General García marchó a París de paso para Nueva York. En la capital del mundo, celebró una conferencia con el doctor Betances, propagandista incansable de la Confederación Antillana y delegado de la Independencia de Cuba en París.

En Nueva York, constituyó Calixto un Comité revolucionario en el que figuraron como Presidente, don José Francisco Lama-drid; Vice, don Juan Arnau; Secretario, Pío Rosado, y Tesorero, Leandro Rodríguez.

Su propósito era allegar fondos para que el General García enviara una expedición y condujera la suya propia. Con Calixto se comunicaban Pedro Martínez, Flor y Mayía, jefes con José Maceo, Guillermon y Quintín, de Santiago, Manzanillo, Holguín y Baracoa; Santos Pérez y don Silverio, de Guantánamo; Mariano Torres, de Manzanillo; Pancho Carrillo, Angel Maestre, Arias, Cecilio González y otros, de las Villas y Colón, y José Antonio Aguilera y José Martí, delegado y subdelegado respectivamente, de la Habana. Mantenía las relaciones entre Oriente y Occidente, el Coronel Pedro Martínez Freyre, hombre culto, arrogante, de una belleza varonil poco común, y de una sinceridad desconocida en estos tiempos que corremos. Un día desgraciado para Cuba, ordenó Polavieja su prisión en Jovellanos, de regreso de la Habana, y encerrarlo en el Morro de Santiago, en donde ya le aguardaban el Brigadier Flor, preso en su lecho de enfermo; el Coronel Mayía y el Coronel Beola, reducidos a prisión a la misma hora, y enviados después a España, según he dicho antes. Con esas prisiones quedó deshecho el vasto plan de Pedro Martínez y aprobado por Calixto, de nombrar Jefe del movimiento en Oriente a Urbano Sánchez Echevarría hasta la llegada de Antonio Maceo, y Jefes de Cuerpo y de Brigada a los Generales Santos Pérez, Flor Crombet, Guillermon y a los Coroneles José Maceo, Quintín Banderas, don Silverio del Prado, Bartolomé Masó, Pancho Carrillo, Angel Maestre, y a otros muchos en Holguín, Manzanillo, Bayamo, Baracoa, las Villas y Colón.

Este plan lo conocían, en parte Urbano Sánchez, Santos Pérez, jefe que había sido de las guerrillas españolas derrotadas por Pedro Martínez, en el último combate del año 1878, y en *toda su extensión* el Brigadier Flor Crombet, el Coronel José Maceo y el



Coronel Pedro Martínez Freyre, jefe moral de aquel gran movimiento, y con la prisión de Martínez Freyre y compañeros, y el retraimiento consecutivo de Urbano Sánchez y de Santos Pérez, quedaron sin orientación los demás Jefes orientales. A orientarlos vine yo de Madrid a Santiago, cuando me despedí de José Antonio Cortina en la capital española, esperanzado de salvar ese vasto plan de guerra.

Si el 26 de agosto hubieran estado en Santiago los jefes que se hallaban presos en España, principalmente Pedro Martínez, Flor y Mayía, la ciudad hubiera sido tomada y hechos prisioneros el Gobernador y demás autoridades, y tomado el armamento y el parque disponibles, porque hasta las doce de la noche no reaccionaron los españoles. Al día siguiente hubieran salido columnas de todas partes y por todas las vías disponibles para Santiago, y los insurrectos se hubieran visto en la precisión de abandonar la capital de Oriente, pero imaginaos el efecto que la toma de Santiago hubiera producido dentro y fuera del país. No se hizo así, los revolucionarios abandonaron la ciudad sin molestar a nadie, ni apoderarse de un fusil ni de una canana, por temor a la responsabilidad derivada de la propaganda racista que se hacía en la prensa.

En esos días habían llegado a Santiago las instrucciones del General Antonio Maceo, para los jefes y oficiales de Oriente, Villas y Occidente, comprometidos a salir, órdenes nacidas de la seguridad que Calixto había dado a Antonio Maceo de que sería él jefe de la vanguardia, como jefe natural que era de Oriente. Reunidos José Maceo y Quintín, me dieron la orden de salir al siguiente día para la Habana con las instrucciones del General Maceo expresivas en papel de china manuscrito del nombre, apellido, grado, fecha del lugar de la sublevación y del departamento. En contestación me limité a pedir que se borrarán los nombres de las personas indicadas por si yo caía en poder del enemigo, no se perdiera más vida que la mía. "Si usted tiene miedo" me contestó el Coronel José Maceo, "no faltará quien las lleve como han sido recibidas". En ese caso yo las llevaré, y trataré—si me cogen—de destruir los nombres.

Y en una caja de pañuelos fueron colocadas las órdenes cuidadosamente por la ilustre Dolorita Rodríguez Mena, madre de nuestro llorado compañero Mayía Rodríguez, y salvando las dificultades y peligros consiguientes a estas empresas arriesgadas,



pude entregar a José Antonio Aguilera, delegado revolucionario en la Habana, y a José Martí, subdelegado, los documentos que ya esperaban en casa de la valerosa patriota señorita Ana S. Pando, hoy envejecida y pobre, que goza de un pequeño sueldo como inspectora de niñas en la Dirección de Beneficencia, es decir, un sueldo pequeño para quien se ocupaba en aquella época en desempeñar comisiones grandes, peligrosas e ingratas, como la de reunir fondos para los cubanos en desgracia, que unas veces se llamaban Estrada Palma, Calixto García, y otras un pobre soldado de nuestro ejército, o una cubana prisionera, que su corazón estaba siempre al servicio de sus compatriotas, aun guardando prisión en Isla de Pinos.

En la Habana nos reuníamos todos los días a horas distintas y en diferentes lugares, José Antonio Aguilera, José Martí y yo, para ocuparnos de las armas que debíamos mandar a las Villas y a Matanzas. Aprovechando la presencia en esta capital de mi cuñado señor Tirso Mesa, me puse de acuerdo con él para mandar unas armas a Manguito con destino al ingenio "La Vega". Hallábanse empleados en dicho ingenio los hermanos Betancourt, encargados de recogerlas, y sin que hasta ahora sepamos lo que ocurrió en esos días en el Gobierno Civil de Matanzas, es lo cierto que una guerrilla de Colón se presentó en "La Vega" y dió muerte a machetazos a dichos hermanos, procedentes de la revolución del 68, esto es, capitulados en el Zanjón.

Con ese motivo nos pusimos en espera de alguna persecución y antes que pasara mucho tiempo, fueron reducidos a prisión y enviados a España, José Antonio Aguilera y José Martí, Anita Pando a Isla de Pinos, otros muchos cubanos fueron encarcelados, y yo pude escapar para los Estados Unidos en un vapor americano. Un guardaalmacén de apellido Heredia se me presentó antes de las prisiones de referencia a ofrecerme recursos en nombre de los empleados del Ferrocarril de Matanzas para que siguiera a Nueva York, en donde me aguardaba el General Calixto García. Como yo desconfiaba del ofrecimiento, Heredia me refirió mi odisea desde que salí de Madrid, con tal precisión, que me convencí de que no podía ser espía quien, enterado como lo estaba él, no me había denunciado. Di las gracias, excusándome de recibir dinero por no necesitarlo, y aproveché la primera oportunidad para embarcarme. El intérprete de un Hotel, cuyo nombre lamento no recordar, me facilitó una cédula con nombre supuesto,

y me sacó valerosamente del Hotel a las doce del día y me condujo a bordo en un bote.

Martí llegó a Nueva York procedente de España, de donde se había escapado, y entró a formar parte del comité revolucionario en la vacante que produjo el señor Lamadrid, por haber tenido que marchar a Cayo Hueso. El general García había regresado en esa fecha de Kingston, Jamaica, en donde se hallaba el General Antonio Maceo, aguardando la orden de salida para Oriente, según había manifestado en las comunicaciones que acompañaban las órdenes de que fuí portador de Santiago a la Habana. El General García—oyendo desgraciadamente a Pío Rosado que no podía perdonarle a Maceo un triunfo ruidoso con la sola compañía que mandaba después de haberse retirado Pío Rosado con el grueso de la fuerza por evitar una derrota—el general García, digo, resolvió dar el mando de la expedición al brigadier Gregorio Benítez, hombre de gran valor, pero desconocido en Oriente, y sin suficientes prestigios en Camagüey, de donde era nativo, y en donde había asumido la jefatura en los tristes días del Zanjón. Ese paso desafortunado produjo en los sublevados Orientales hondo disgusto. Benítez se vió solo y se corrió a Camagüey, en cuya provincia le hicieron también el vacío, y murió sin haber logrado medir en forma sus armas con las del adversario.

El desaliento que este hecho produjo empezó a surtir sus efectos en las fuerzas mandadas por Mariano Torres, que se embarcó para Jamaica; en las de Maceo, Guillermon y Quintín. Dos cónsules extranjeros de acuerdo con el Gobierno Español—a lo que parece, que de esto último no tengo más datos que la convicción moral que abrigaban José Maceo y Quintín—ofrecieron sus buenos oficios a los jefes insurrectos para que depusieran las armas, a condición de dejar en libertad a todas sus fuerzas, y de ser ellos conducidos al lugar que escogieran en el extranjero. Así había salido Antonio Maceo, después de Baraguá, con sus ayudantes, y así quiso salir José Maceo con sus hermanos y demás Jefes y Oficiales; pero en vez de Martínez Campos, se trataba de Polavieja, que en alta mar los hizo traspasar a un cañonero español en calidad de prisioneros con rumbo a las prisiones españolas de Africa, hecho indigno que no rechazó el Gobierno español—acaso porque no lo conoció tal como tuvo lugar. España no supo jamás cuál era la verdadera situación de Cuba, sus procónsules hacían de este desgraciado país lo que les venía en ganas sin que la Me-

trópola supiera contestar otra cosa que: "Así lo exige la integridad de la Patria y la conservación del principio de autoridad", dos frases huecas que servían para encubrir todos los desaciertos, las filtraciones y los crímenes de aquellos tiempos de despotismo y de crueldad. El general García ignoraba, como todos nosotros, lo que estaba sucediendo en las filas cubanas, y aunque ya habían matado a Benítez y él por falta de recursos había demorado su salida, resolvió un día del mes de marzo de 1880 embarcarse para Cuba con algún dinero que le envió Pancho Carrillo. José María Aguirre y yo debíamos acudir con el grupo de Roloff. Hubo una equivocación de trenes y no llegamos a tiempo. Nuestra desesperación fué inmensa, y en el primer vapor que salió nos trasladamos a Kingston (Jamaica). Allí supimos que la goleta que conducía al general García había tenido que arribar a las costas jamaíquinas, en donde se vió obligado dicho Jefe a seguir a Cuba en un bote con una parte solamente de los expedicionarios que salieron con él de Nueva York, y entre ellos Pío Rosado, Gutiérrez, Johnson y el italiano Argenta. Cuando el General llegó a Cuba, no pudo comunicar con Guiller món, José Maceo y Quintín, y éstos rindieron sus armas por aquellos días, quedando el General García solo con el pequeño grupo de amigos que le acompañaban. Tenazmente perseguido por el brigadier Valera, Jefe de una guerrilla compuesta en su inmensa mayoría de cubanos muy prácticos de aquellos lugares, fué perdiendo a sus compañeros, primero a Pío Rosado, y a Argenta, hechos prisioneros, y fusilados en Bayamo; más tarde Gutiérrez y Johnson, muertos en una sorpresa, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, convino con sus restantes fieles en conseguir un bote que los llevara a Jamaica. Comisionó a ese efecto al capitán Urbina, hombre de confianza, para que entrara en Holguín y entregara una carta a un compadre de Calixto, pidiéndole el bote. Urbina fué visto y vigilado hasta la casa, de cuyo hecho enteró al destinatario, y éste, hombre avisado, se presentó al General español con la carta, pidiéndole la vida del general García, y de sus amigos. No quedaban más insurrectos en Oriente que ellos; el general Valera, que lo sabía, se mostró caballeroso, mandó un piquete con orden de que quedara a distancia, y a Urbina con un cesto lleno de alimentos de que carecían los insurrectos en absoluto. Esta solución sorprendió e indignó al general García, mas sus compañeros lograron convencerlo de que no debían hacer resistencia inútil, y accedió

esta vez por los demás el suicida del 74, y se entregó *él* sin condiciones a cambio de que se respetara la vida y la libertad de sus pocos compañeros.

El general Francisco Carrillo, Coronel en aquella época; el general Emilio Núñez, teniente entonces, y el coronel Braulio Peña, Sargento, no sabían lo que ocurría con el general Calixto García, y siguieron luchando en las Villas, no obstante la confirmación de la rendición de los Maceo, Bandera y Guillermón. Roloff, Aguirre y yo, teníamos ya organizada nuestra expedición, cuando se publicó en Kingston la noticia de la rendición del general García, la de Carrillo más tarde, y por último la de Emilio Núñez y Peña. Nosotros hicimos entrega a los Jefes de emigración de Kingston de los materiales reunidos y del dinero recolectado que no había sido empleado en armas y pertrechos. En esos mismos días llegó a Kingston, de Haití, el general Antonio Maceo, que luchó inútilmente por formar una expedición con que auxiliar a sus hermanos, Moncada, Bandera y Calixto García.

En resumen, el gran movimiento que comenzamos en Santiago el 26 de agosto de 1879, duró escasamente un año. La prisión de Martínez Freyre, Flor Crombet y Mayía hizo retroceder a Urbano Sánchez y a Santos Pérez; la equivocación del General García, enviando a Benítez en vez de Antonio Maceo, disgustó a los orientales y determinó a Moncada a no presentar combate, temeroso de que se tuviera el movimiento por una lucha racista; la demora del general García en acudir inmediatamente después del 26 de agosto, y la intervención de los cónsules de Francia e Inglaterra, facilitó la rendición de las fuerzas cubanas en los momentos en que Calixto García desembarcaba, y por último, la entrega del General García con los suyos, motivó más tarde la de Carrillo y Emilio Núñez en las Villas, y todo lo dicho trajo el fracaso de la Expedición "Roloff-Hernández-Aguirre". Y era que aun no se había hecho la propaganda de las ideas revolucionarias en el resto de la Isla, *la tregua* debía seguir durante algún tiempo bajo la constante amenaza de la guerra. Así se concibe que al mes escaso de haber llegado Antonio Maceo a Kingston, procedente de Haití, en donde trató inútilmente de acudir con una expedición en auxilio de José, Quintín, Guillermón y Calixto, tratáramos de preparar un nuevo plan revolucionario.

Desde la guerra del 68, estaban distanciados Gómez y Maceo de Roloff, y en esas condiciones no podíamos hacer nada. Calixto



preso nuevamente, quedaba descontado del presente plan. Vicente García, a quien nos habíamos dirigido, daba la llamada por respuesta en su residencia de Caracas. Y tomé a mi cargo restablecer las relaciones entre Antonio Maceo y Roloff, primero, y entre Roloff y Gómez, después. En efecto, el General Gómez, que estaba en la República de Honduras de Comandante militar del puerto de Amapala, vino a Kingston (Jamaica) en busca de su familia.

Inmediatamente nos reunimos él, Maceo, Roloff y yo; Maceo y yo hicimos que se abrazaran Roloff y Gómez, sin previas explicaciones, como antes había hecho yo abrazar a Maceo y a Roloff, y acordamos reunirnos todos en la República de Honduras para establecer en ella nuestro cuartel general.

Gómez se llevó la familia, y preparó la entrada de Antonio Maceo como comandante en jefe de la Capital Tegucigalpa; Maceo y Gómez prepararon la llegada mía y la de Roloff. De ese modo el año de 1881 nos hallábamos reunidos en Tegucigalpa Maceo, José, Joaquín Palma, el poeta; Tomás Estrada Palma, administrador de correos, y yo, que ejercía mi profesión de médico, sin aceptar ningún destino, a fin de conseguir con mi independencia profesional, y la de mi carácter, las simpatías de los habitantes de la República en beneficio de mis amigos los militares. Al comienzo del año 82 llegó a Honduras Flor Crombet, y Mayía, escapado de España, como Flor, se fué a Santo Domingo, y Pedro Martínez Freyre se quedó en Madrid, en donde había contraído matrimonio con una española.

En 1882 estábamos en Honduras, Maceo comandante de Puerto Cortés y Omoa, Máximo Gómez en San Pedro Sula, sembrando añil (cultivo que no conocía); Rafael Rodríguez (el tuerto Rodríguez, que había sido jefe de la caballería de Ignacio Agramonte), Gobernador de las Islas de Rohatan; Flor Crombet, comandante del Departamento de "La Paz"; Carlos Roloff, gerente del Banco de Amapala; José Joaquín Palma, Director de "La Paz", órgano del Gobierno; Tomás Estrada Palma, Administrador de Correos; Juan Masó Parra, Capitán de la Guardia de honor del Presidente; Manuel Morey, Coronel Jefe del Cuartel, y Alejandro González, tenedor de libros de una casa de comercio. Yo seguí conservando mi independencia, así acepté la Dirección del Hospital de Tegucigalpa sin sueldo, y más tarde una cátedra sin sueldo, esto es, que acepté los cargos por servir al país, pero sin emolumentos que excitaría el descontento de los nativos. Esta

conducta me valió las simpatías y el aprecio de toda la República, y la confianza de los políticos de todos los partidos, allí donde los padres tienen a veces desconfianza de los hijos, los maridos de las mujeres, porque es tan grande el espionaje establecido por el Presidente, que se han roto los sagrados vínculos de la sociedad, del hogar, cimentados en el amor, en el respeto y la dignidad de la familia en los pueblos de superior civilización.

Quedó, pues, organizado nuestro campamento bajo mi dirección política, por mi libre posición, situación de confianza que de liberadamente me creé en el país con mis amigos.

Desde Tegucigalpa respondía yo solícitamente a las excitaciones que se nos dirigían de todas las emigraciones, principalmente de New York, de Cayo Hueso, de Tampa, de Kingston (Jamaica), del Canal de Panamá, de Filadelfia y Santo Domingo; apaciguaba los ánimos cuando se emprendía alguna campaña de odio contra los autonomistas o los españoles. Recuerdo que en uno de mis artículos a *El Yara*, de Cayo Hueso, sobre los autonomistas, contesté: “no hablemos de separatistas ni de autonomistas, de cubanos solamente, y más que de cubanos de hombres, que de todos los que en Cuba viven necesitamos para llevar a fin nuestra obra de independencia y de libertad”. “Podemos considerarlos equivocados, pero no malos cubanos, pues desde el punto de vista evolucionista buscan los autonomistas el bien para Cuba; los españoles defienden intereses contrarios a los nuestros, y si bien es cierto que en nuestra independencia ven equivocadamente su ruina, debemos pensar que tienen esposas, hijos e intereses cubanos, y que ha de llegar el día en que tengamos que convivir al amparo de nuestra bandera, y entonces estarán de más los odios que hoy engendremos y alimentemos impolíticamente en nuestros corazones, y peligroso mañana para la paz de la República.”

“No debemos perder de vista sin vacilar un momento, que seremos independientes y dueños de nuestro porvenir”. “Reguemos, por tanto, el amor a boca llena, que el odio, fácil como todo lo malo, constituye el principio de disolución de las sociedades organizadas, y el de muerte en las que tratan de organizarse”.

En los comienzos de 1883 la difícil situación económica de Cuba y la natural impaciencia de los que vivíamos entregados en absoluto a la obra de manumisión y de independencia agité los centros de emigración de tal manera, que en todos ellos los emigrados tomaron el acuerdo de pedirnos que nos pusiéramos al



frente del movimiento que de todos modos surgiría de un momento a otro. Ya Ramón Leocadio Bonachea recorría como prueba del desbordamiento las emigraciones con la noble esperanza de organizar la revolución bajo su Jefatura. Ya Limbano Sánchez el valiente, y Varonita el intrépido intentaban lanzarse por su cuenta y riesgo, y aunque nosotros no estábamos íntimamente convencidos de que había llegado el momento de agitar nuevamente el país con todas las probabilidades de éxito, no dejaba de preocuparnos la desorganización que se iniciaba por Bonachea y Limbano, influyendo en nuestro ánimo la insistencia de hombres como los coroneles Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez, Paquito Borrero, José Dolores Poyo, los hermanos Bavastro, el doctor Mayner, los hermanos Machado, fuertes manufacturers de Kingston, y su encargado el noble y entusiasta patriota José Pérez, padre de mi joven e ilustre amigo Luis Marino, etc., etc., y por último, el ofrecimiento hecho a los generales Máximo Gómez y Maceo por don Félix Govín si juntos se ponían al frente del movimiento,—de contribuir con cien mil pesos, y buscar dos amigos que dieran igual suma.

Estábamos, cuando eso sucedía, a fines del año 1883. El general Gómez me había escrito varias cartas hablándome de la posibilidad de que tuviéramos que adelantar los sucesos de acuerdo con los deseos de los emigrados. Seguía Maceo de comandante general de Puerto Cortés y Omoa, Gómez en San Pedro Sula, Flor de comandante general de "La Paz", pedido por otro Departamento en donde residía la plana mayor de los adversarios políticos del Gobierno—cosa que más adelante explicaremos—Rolloff de gerente del Banco de Amapala; Morey, Jefe del Cuartel; Rafael Rodríguez de las Islas de Rohatan y Tomás Estrada Palma de administrador de correos de Tegucigalpa, en donde yo residía. Un telegrama me anunció que el general Gómez estaba grave con pulmonía en San Pedro Sula, a 90 leguas hondureñas, en gran parte parecidas a las cuchillas de Baracoa, por donde no pasan nada más que los pájaros y las mulas amaestradas de aquella República. Tomé una mula en la capital, por telégrafo se anunció por orden del Presidente a todas las estaciones mi salida, para que se me tuvieran preparadas mulas de repuesto. Mis jornadas fueron de 30 leguas por día, descansaba una hora, y marchaba de día y noche. A los tres días tuvieron que desmontarme en la morada del general Gómez. Nadie había hecho un viaje tan rápido

en la República de Honduras en donde se tenía altísima idea de nuestra honorabilidad, de nuestra independencia de carácter, de nuestro patriotismo y valor, y ahora de nuestra resistencia física y de la energía de nuestra voluntad.

El general Gómez se curó, y en su morada nos reunimos Maceo, él y yo; y en atención a los ofrecimientos de Govín y de los ruegos reiterados de los emigrados, decidimos comenzar el movimiento que duró sin interrupción hasta fines del 1886, según más adelante veremos.

Recibí la comisión de avisar a mi regreso para la capital al general Flor Crombet en su comandancia de "La Paz", en donde acababa de solucionar un grave conflicto a gusto del Gobierno y de sus enemigos: era, pues, Flor la confianza del Gobierno y la garantía de sus adversarios.

En el Departamento de "La Paz" en efecto, se conspiraba contra el Gobierno presidido por el general Luis Rogran, Crombet no estaba bien enterado, y un día lo llamó el Presidente, y le mostró las pruebas que tenía de la conspiración. Crombet se limitó a decirle que él era el responsable del orden, y si el Presidente no tenía confianza en él mandara su sustituto; si tenía confianza que se le dejara en libertad de proceder, porque si bien él le debía fidelidad al Gobierno, le debía a sus adversarios la garantía de sus vidas y de sus propiedades. Con la confianza plena del Gobierno regresó a "La Paz", llamó a los Jefes de la conspiración y sin decirles que el Presidente le había enterado de sus planes, él les demostró que los conocía y que los venía siguiendo desde su comienzo. Que sabía había llegado para ellos el momento de dar el golpe acordado, y que por eso los llamaba para decirles que tenía tomadas sus precauciones y que si intentaban *moverse* los reduciría a prisión, y desde ese momento no respondería de la suerte que pudiera caberles, que a él no le tomarían jamás el cuartel sino después de muerto, ni consentiría que el Gobierno persiguiera a uno solo de los comprometidos, una vez que desistieran de sus locos empeños. Así destruyó ese gran movimiento, el Gobierno se lo agradeció mucho, y acaso por la primera vez en la República no se expatriaba, encarcelaba o fusilaba a los autores de una revolución descubierta. Otro Departamento en donde vivían los más autorizados y numerosos enemigos del Gobierno pedían a éste les mandara de comandante general a nuestro ilustre compatriota Flor Crombet. Hallábase, pues, disputado por dos departamentos en



que predominaban los adversarios del Gobierno como una garantía para ellos, cuando llegué a comunicarle las instrucciones que para él me dió por escrito el general Máximo Gómez, y que por una casualidad conservo en mi poder y voy a leer:

“San Pedro, 10 Junio 1884. General Flor Crombet. Estimado General: El doctor Hernández lleva instrucciones para usted para que las cumpla si está dispuesto a ello. Asimismo le hago el encargo que le instruya de todo con relación al asunto, como uno de los Jefes de mi mayor confianza.

Puestos los dos en perfecto acuerdo seguirán la ruta marcada hasta converger al punto indicado, para de allí seguir cumpliendo posteriores determinaciones. Con eso basta por ahora. Lo abraza su afectuoso general.—(f) *M. Gómez.*”

En el acto ese insigne patriota envió conmigo al general Bogran su renuncia, y al leerla Bogran, me dijo: “En este momento me ha prestado un gran servicio, ha hecho fracasar una revolución y mis adversarios políticos de “La Paz” y de “Comayagua” me lo piden como una garantía. Ustedes me causan un gran perjuicio haciéndole abandonar ese puesto que tanto ha honrado. ¿No podrían ustedes dejarlo hasta el instante en que vayan a emprender viaje a Cuba? Nada podríamos hacer en ese sentido, general Bogran, le respondí: Crombet no se quedará. Además, tiene la misión de acompañarme en el desempeño de varias comisiones. Lo único que podré hacer en obsequio de usted es rogarle que no me acompañe a Guatemala y El Salvador. Tardaré un mes próximamente en evacuar las dos comisiones cerca de los Gobiernos de esas Repúblicas amigas, pudiendo al recibir un telegrama mío, aguardarme en el puerto de Amapala para seguir viaje al Canal de Panamá y de allí a New York, en donde nos reuniremos Maceo, Gómez, Rafael Rodríguez y yo, con otros Jefes procedentes de otros países, como Francisco Carrillo, Emilio Núñez, Rogelio Castillo, el Marqués de Santa Lucía y José Martí.

Como lo hice con Crombet, visité al señor Estrada Palma, y le entregué una carta del general Gómez, en la que le decía que al emprender ese movimiento no podía ni quería dejar de contar con él. El señor Estrada Palma me contestó que no tomaba parte en ese movimiento porque él era anexionista. Cuando le dije al general Gómez la contestación de don Tomás, el general la comentó en términos muy pintorescos, aunque era una opinión que Estrada había sustentado en plena guerra del 68, como Narciso López y

San Pedro de Ambo 1847
 Cab. Pto. Grande.

Continuado Cab.

El Sr. Hernandez, para sus
 instrucciones, p. 1.ª para que los cumplidos
 en esta respecto a todos.

Se ordena lo hago a
 encargos que le instruya de. Tasa con
 abdicar al punto como a uno de los
 hijos de un granca Compañia.

Quedan en su respecto de
 averiguar la ruta marcada hacia
 Chiriquá al punto indicado, para
 que se cumpla en cumplimiento particular
 y particularmente. Con se basta por
 lo que se trata en el punto.

Lo ordena su asistente. Cab.

Al Sr. Hernandez

otros revolucionarios antiguos; y que menciono para ser fiel en la relación histórica que estoy haciendo del período que me ha sido encomendado. Por lo demás, don Tomás fué delegado, después Presidente de la República, y gobernó bien a mi juicio—los tres primeros años de su período presidencial.

El general Luis Bogran, recién venido al poder que había recibido de manos del señor Soto, con las arcas del Tesoro Público vacías, envió por mi gestión tres mil pesos al general Gómez para los primeros gastos, lamentándose de no poder hacer más. Con nuestros propios recursos—según consta en una carta que guardo del general Máximo Gómez, salimos de Honduras, yo el primero para Guatemala y el Salvador. El general Bogran me rogó que me fuera sin fijar día, porque enterado el público de que abandonábamos el país, se preparaba para hacernos una ruidosa despedida, cosa que había de molestar al cónsul de España. Así lo hice: una madrugada desaparecí, y durante el día recibí muchos telegramas de cariñosa y sentida despedida. No olvidaré jamás el aprecio de que fuimos objeto en aquella República, de nobles habitantes, honrados a carta cabal, e interesados en nuestra Independencia como nosotros.

No obstante los 31 años que han transcurrido, conservo vivos los sentimientos de gratitud que guardo a la Sociedad hondureña por la confianza y el cariño con que nos trataron. Ciertamente que nuestros generales se portaron siempre muy bien, no abusaron jamás de la hospitalidad que se les brindó, ni del poder que les fué confiado. Sirvieron al Gobierno sin divorciarse del pueblo, como es allí costumbre principalmente en los extranjeros. Un día pensó el señor Marco Aurelio Soto, Presidente de Honduras por las bayonetas de Guatemala, volver sus armas contra su protector aprovechando la presencia de nuestros amigos y el justo renombre de que gozaban como aguerridos militares, porque Barrios, Presidente de Guatemala, le había ordenado que abandonara esa presidencia en la que resultaba infiel a la unión Centro Americana que acariciaba él. Llamado por el señor Soto a la capital con ese objeto, acordamos contestarle que ellos debían al Gobierno que utilizaba sus servicios entera fidelidad para la conservación del orden y el sostenimiento de las instituciones; pero desde el momento en que surgiera un conflicto con otra República hermana, ellos preferían renunciar sus cargos, porque habíamos venido a Centro América a sumarle amigos a la causa de Cuba, y no a

crearle funestas enemistades. Que en tal virtud, presentaban todos la renuncia de sus importantes cargos.

El Presidente Soto no las aceptó y optó por abandonar la presidencia que no había obtenido por el voto de sus conciudadanos, con quienes no podía contar por faltarle el apoyo material de Guatemala. Su salida fué un motivo de regocijo para el noble pueblo hondureño, generalmente mal tratado por sus gobernantes—(en la época a que me refiero—). Decía que me había dirigido de Tegucigalpa a Amapala para tomar el vapor que había de conducirme a Guatemala. En ese vapor y en el tren que desde la costa me condujo a la capital Guatemalteca, sentí un deplorable estado de ánimo por la necesidad en que estaba de verme delante de un tirano. Tenía de Rufino Barrios la peor idea que se puede tener *del rey intelectual y moral de los demás animales*, algo así como de un caníbal encariñado con las desgarraduras lentas de la carne para contemplar mejor la sangre destilante entre los estremecimientos de la víctima.

Llegué al fin, encontré alegre la ciudad, bella, más bella que muchas ciudades europeas y americanas. La ciencia y las artes se traducían en el proceso corriente de la vida; me hallaba sin duda en una sociedad civilizada, rica, de buen gusto. Y me pregunté si podía presidir este grupo humano de superior cultura, un tirano, sin ninguna, menospreciador de la dignidad humana. De ese modo me habían pintado a Barrios, visité a un elevado personaje del Gobierno, persona cultísima, atenta, quien me comunicó al siguiente día que su Excelencia me recibiría a las tres de la tarde. El palacio estaba lleno de soldados, atravesé varios cuerpos de guardia antes de llegar al salón de recibo. Se adelantó mi amable introductor para anunciarme, y observé que temblaba y palidecía. Aquel hombre culto, de maneras desembarazadas, acostumbrado al trato de los hombres y a la amplitud de los salones aristocráticos europeos, estaba cohibido, encogido, sin saber hablar delante de su dueño y señor. Era cierto lo que me habían dicho, pensé, Barrios es el tipo de los tiranos centro-americanos. Me recibió sentado, con la cara de una seriedad ofensiva hasta que se retiró el caballero, y quedamos solos. “Vd. habrá oído decir que soy un tirano, y no carecen de razón los que así se expresan. Era yo el caudillo popular por mi origen humilde, de una revolución efectuada contra los clericales y aristócratas acaudillados por Carréras. Los grandes y los virtuosos de mi partido nombraron pre-



sidente a un insigne patriota y hombre bueno y justo. Ese insigne repúblico renunció por no poder *complacer a sus enaltecedores*. Como gozase yo fama de valiente al mismo tiempo que de tímido—en el concepto del trato social—los dioses me escogieron para *moralizar* el país, practicar la *hegemonía* sobre los demás Estados, y *realizar en su día la “Unión Centro-americana”*, según me dijeron enfáticamente. Esos hombres me inspiraban un respeto rayano en el temor de lo grande, de lo excepcional. Sus consejos eran órdenes para mí; pero no tardaron en pedirme tantas prebendas y sinecuras, privilegios contra los desvalidos, el manejo para personal beneficio del Tesoro Público, la corrupción de los tribunales de justicia, es decir: el restablecimiento de la situación derribada por esos mismos vicios, sin que jamás volvieran *a tratar de la misión que traje al poder*. De esa manera fuí gradualmente perdiendo el respeto que les tenía, y convenciéndome de que eran tan corrompidos y falaces como los clericales; y un día, cansado de tantas exigencias, los arrojé del Palacio, y busqué para gobernar el concurso del pueblo. Y hoy, esos soberbios de ayer, pequeños de espíritu, faltos de civismo, tiemblan en mi presencia como unos azogados. Con esta arma los manejo (me mostró un látigo), y me obedecen como niños, más exactamente: como esclavos.” Barrios se había transfigurado, se había sentado decentemente, su cara era amable, su acento parecía sincero, sus frases breves y enérgicas. Y cuando me habló de la Unión de Centro-América se iluminó su rostro, y tradujo en sus palabras la resolución de una firme voluntad al servicio de una gran idea, la de la Unión de todas las Repúblicas del Centro; Barrios se consideraba el sucesor de Morazan. Paso a paso me iba interesando algo ese hombre; no era el presidente de pequeñeces, de constantes hipocresías y mentiras de otras repúblicas, que se tenían por literatos y estadistas, y delante de ellos no osaba pronunciar un discurso ningún ciudadano porque sus Excelencias no sabían hablar, y les desagradaba que en su presencia se permitiese alguien otra cosa que leer. Mi relativa simpatía por Barrios se acrecentó por el interés con que oyó el mensaje de Gómez y de Maceo, agregándome al final que durante su Gobierno había reconocido Guatemala la beligerancia de Cuba, a pesar de la actitud asumida por España, y que él, empeñado en aquel instante en que hablábamos en la realización de su ideal de Unión Centro-Americana, nos ayudaría después con dinero y con su espada, que *a la gloria de haber constituido una*

gran nación de cinco países minúsculos, ansiaba añadir la de pasar a la historia como un libertador.

Barrios a poco dirigía personalmente la invasión de Centro América. Una bala perdida le privó de la vida en un combate, y a Cuba la dejó sin el concurso de un amigo que me figuro que hubiera cumplido su palabra. El otro rasgo que me lo hizo menos antipático fué el de su valor; montaba todas las tardes, solo, un brioso caballo, y recorría las principales calles de la ciudad. Barrios era tirano con los grandes, benévolo con los pobres, franco y valeroso, como que tenía un *Ideal* que cumplir, como que no estaba en el poder *exclusivamente para embolsarse* parte de los ingresos públicos.

Pasé de Guatemala a El Salvador, y se había ausentado su presidente Zaldívar para quien llevaba otro mensaje, y naturalmente, regresé al Puerto hondureño de Amapala, en donde me aguardaba Flor Crombet, para seguir juntos al Canal de Panamá.

Allí encontramos una emigración cubana entusiasta, que nos retuvo quince días. Eran los Jefes, Coroalles, doctor en medicina; Calás, antiguo enemigo del Zanjón, del que constantemente protestaba, como la inmensa mayoría de los que en él participaron; Besosa, ingeniero empleado en los trabajos del Canal; Juan Bravo, cubano de color, bien acomodado y generoso cuando de la Patria se trataba, y otros muchos cuyos nombres he olvidado lamentándolo, porque quisiera mencionarlos a todos, que bien lo merecen.

Terminada una recolecta que se efectuó para favorecer el movimiento que iniciábamos, marchamos a New York, habiendo telegrafiado antes a Martí, que estaba un tanto retraído desde 1880, en que fracasó la revolución dirigida por Calixto con su cooperación, y conmigo disgustado porque no acepté el cargo de delegado en Kingston, en 1880. Nos recibieron en la estación neoyorkina Martí, Enrique Trujillo, Cirilo Pouble, Juan Arnao, compañero de Narciso López, Félix Fuentes, Leandro Rodríguez, Rubiera, López Queralta, el doctor Párraga, el doctor Luis y multitud de cubanos que acudieron a presenciar nuestra llegada.

Formábamos la vanguardia de Gómez y Maceo, que de Honduras pasaron a New Orleans, Cayo Hueso y New York, en donde se nos unieron el general Carrillo—Pancho—, el capitán Emilio Núñez, Braulio Peña, Rafael Rodríguez, el comandante Rogelio



Castillo, y más tarde aun el coronel José Maceo y el coronel Agustín Cebreco, recién escapados de Mahón.

El coronel Maceo, se había escapado antes de Chafarinas y había sido entregado por una autoridad inglesa de Gibraltar a las autoridades españolas. Inglaterra destituyó a esa autoridad (el Gobernador) y reclamó los presos, que fueron mandados a Mahón con la ciudad por cárcel, de donde se escaparon con otros cubanos.

En New York nos hospedamos en la calle 9 núm. 21, Este, Hotel de familia de Mme. Griffou de Muro, en donde habían parado casi todos los insurrectos de la revolución del 68, huéspedes de New York, desde Bembeta a Antonio Maceo.

Recibimos centenares de visitas Crombet y yo durante los ocho o diez días que precedieron a la llegada de Gómez y Maceo. Visitamos a nuestra vez un comité revolucionario presidido por don Juan Arnau con Pouble de Secretario, formado para preparar—como lo había hecho—a Limbano y Varonita, ya en ruta para el Canal cuando nosotros en el Canal embarcamos para New York.

Fué una contrariedad para nosotros que habíamos escrito a Limbano y a Bonachea, que no se expusieran a un fracaso; Limbano y Varonita reunieron en el Canal varios expedicionarios—entre los que estaba Martín Morúa Delgado—para tomar pasaje a bordo de un vapor español y apoderarse de él en alta mar.

Algún expedicionario imprudente o algún espía del Cónsul español, impidió llevar a cabo esa arriesgada empresa. Morúa vino a New York a reunirse con nosotros en momentos en que ya habían llegado a la gran ciudad Gómez y Maceo. Limbano y Varona se embarcaron, y aparte Bonachea y los suyos, para Cuba, y fueron tenazmente perseguidos, abandonados de los cubanos, y muertos unos en el campo, los primeros, y prisioneros al desembarcar y fusilados Ramón Leocadio Bonachea, Plutareo Estrada y otros cubanos dignos de mejor suerte, por su patriotismo, su tenacidad y su fe. Esta los perdió; creyó Bonachea que él solo movería en su auxilio a todos los cubanos, y la experiencia había demostrado antes que sin Gómez y Maceo era poco menos que imposible. Las sociedades tienen sus hombres-ídolos producto de los grandes éxitos por ellos alcanzados, y del concurso imprevisto de muchas causas concurrentes, Gómez pudo haber quedado sepultado en el Zanjón, sin crédito y sin confianza, pero Maceo, que se creció en Baraguá haciendo frente él solo a todo el ejército

español, dijo a los que le acusaban que no era el responsable, que era muy valiente, el guía de todos los guerreros cubanos, y su maestro de él a quien admiraba y a cuyas órdenes se ponía, y Gómez resurgió al conjuro del grande entre los grandes Antonio Maceo. Calixto pudo haber caído en olvido—y por algún tiempo lo estuvo—después de la Guerra Chiquita, pero su falta se redujo a no haber tenido calma suficiente para esperar a que desapareciera la esclavitud y se terminara la propaganda separatista, a cargo—quisieranlo o no—de los autonomistas, representantes legales, pero representantes al fin, de la única protesta activa y constante de inmediata influencia en todo el país, en contra de la organización Colonial; falta común a todos nosotros la de Calixto, pues yo confieso llanamente que no me hice ni podía hacerme esos razonamientos en aquella época en que carecíamos de experiencia, y del sentido crítico que proporciona el desarrollo de los sucesos acaecidos en un período cualquiera de la historia de un pueblo. Si el Zanjón hubiera sido el producto de la reflexión de los que en él intervinieron, lo hubieran realizado cinco años antes; si nosotros hubiéramos tenido la seguridad de que en el año 79 no estábamos aún en condiciones de volver a la guerra, algunos hubieran conscientemente ayudado la propaganda *separatista legal* que en un momento dado planteó Juan Gualberto Gómez, e hizo reconocer por el Tribunal Supremo de Madrid el señor Labra, y otros hubiéramos aguardado fuera el momento oportuno indicado por el país; conducta esta última que establecimos nosotros anunciando desde la tribuna que no deseábamos importar la revolución. Limbano y Bonachea no tuvieron, pues, nexos alguno con nosotros en sus aisladas expediciones.

De manera que, reunidos en el Hotel de Mme. Griffou, empezamos a trazar el plan que debíamos seguir en la preparación de expediciones, y a estudiar los lugares adecuados en que cada uno de los Jefes debía desembarcar.

Los generales Gómez y Maceo participaron al señor Govín nuestra llegada, motivada entre otras razones por la promesa que no habréis olvidado nos hizo en su nombre y en el de sus amigos de contribuir con doscientos mil pesos (200,000). Figuráos, señores, la sorpresa que debió causarnos el silencio del señor Govín. Como se le tratara con alguna severidad, se excusó con el General Gómez diciendo que en aquellos momentos tenía pendiente una reclamación al gobierno de España, que fracasaría si le demostra-



ban que alentaba una revolución separatista. Los generales Gómez y Maceo reunieron, afortunadamente, a su paso por el Cayo, cinco mil pesos (5,000), que con el dinero de Bogran y el propio de cada uno de nosotros, sirvió para los primeros momentos. Con ese dinero tuvimos que enviar varias comisiones a Méjico; quiso el general Gómez que fuera Martí, y éste mostró placer en que se le designara, y comenzó a decirle a Gómez lo que haría inmediatamente después de su llegada, y Gómez, que tenía en la mano una toalla para ir al baño, le interrumpió diciéndole: lo que usted haya de hacer allá lo acordaremos con calma, ahora prepárese para salir lo más pronto posible, y se retiró al baño. Martí se despidió visiblemente contrariado, y escribió a poco una carta a Gómez anunciándole en términos excesivamente duros que se separaba del movimiento. Por esa razón en todo ese largo período se notará la ausencia de Martí, no obstante los esfuerzos personales que hice para atraerlo, como veremos más adelante.

En vez de Martí, se acordó que saliera para Méjico el general Antonio Maceo; para París, Flor Crombet y yo; para Santo Domingo, Francisco Carrillo; para Kingston, José Maceo y Cebreco; para el Cayo, Rafael Rodríguez. De cada uno de esos lugares debía salir una expedición, y el general Gómez en la de Santo Domingo acompañado de los generales Serafín Sánchez, Carrillo y Paquito Borrero, los coroneles Mayía, Barnet y algunos oficiales. El general Carlos Roloff que no figura esta vez, había quedado en Honduras, enfermo, aguardando órdenes de Gómez, y el coronel Emilio Núñez debía preparar su expedición en Filadelfia, lugar de su residencia, y en New York.

En estos momentos llegó a New York Antonio Zambrana, que se puso a las órdenes de Gómez, y le acompañó en la gran ciudad americana.

A partir de este instante, os daréis perfecta cuenta de la importancia de dos hechos que voy a señalar. Primero, sin el concurso de Govín y de sus amigos, el movimiento—que debía empezar con doscientos mil pesos—quedaba en *situación precaria*, al extremo de hacerse difícil el desempeño de las comisiones acordadas; segundo, las expediciones que—según el plan convenido—debían salir para Cuba, había necesidad de prepararlas con desembolsos de los emigrados, pobres en su inmensa mayoría, porque los ricos—generalmente—no dan más que para las causas que tienen asegurado el triunfo sin su concurso; o en otros términos

más sencillos, sólo están dispuestos por lo regular a tomar asiento en el banquete de la victoria, *que se empeñan*, con todos sus entusiasmos, *en abonar*.

Los comisionados recibimos las órdenes en pliegos cerrados: Maceo debía dejar preparado en Méjico, al brigadier Angel Maestre, como lo hizo, y reunirse oportunamente al general Gómez; Crombet y yo debíamos ver en París al ilustre Dr. Betances y al general Luperon; éste había salido de París para Santo Domingo. Con Betances visitamos a los cubanos de la gran Ciudad, que debéis suponer acomodados por el solo hecho de vivir en ella. Fué recibida la comisión con la cortesía propia de gentes bien educadas, pero sin el calor que inspiran las causas nobles como la que representábamos. Sin embargo, el doctor Betances quedó hecho cargo de recibir las cantidades con que prometieron contribuir tan pronto como llegaran a Cuba las primeras expediciones. Regresamos a New York, y los demás comisionados ocuparon sus puestos y empezaron con diversa fortuna los trabajos que les habían sido confiados.

A nuestro regreso de París, encontramos al general Gómez ausente, sin dinero; no tenía a su vuelta a New York con qué pagar los gastos de hospedaje en casa de Mme. Griffou. Entre las pocas prendas que nos quedaban, disponíamos de un solitario de brillantes que me había regalado el señor Abelardo Zelaya, Ministro de Hacienda de Honduras, agradecido por la curación de un hijo que creyó perdido, ahijado del general Bogran, Presidente de la República. Lo entregué al general Gómez para que lo utilizara, y se le ocurrió proponérselo al señor Govín en calidad de empeño por mediación de un ilustre cubano que acompañaba en esos días al General. El señor Govín se negó a recibirlo en esas condiciones, y no se ofreció para salvar la situación que él había contribuído a crear, en ninguna forma. Otra persona empeñó el solitario, y en esos difíciles momentos celebramos una íntima entrevista el general Gómez y yo. "Si usted me deja libertad completa para levantar fondos, pronto sabremos si es o no posible continuar este movimiento". El general Gómez me dijo que con cuarenta y cinco mil pesos (45,000) podíamos ir a Cuba, según los cálculos que había hecho. Quedamos en que yo saldría para Cayo Hueso al siguiente día, y a bordo encontré con cierto asombro a Alejandro González, su secretario particular, que llevaba al mismo lugar otra misión. La de él dificultaba la mía; no tenía yo para

qué decir que Gómez carecía de dinero, cuando habían entregado a Maceo y a él cinco mil pesos (5,000) y Gómez pedía al presidente del comité reservado "Carlos Manuel de Céspedes", que le enviara seiscientos pesos (600) para pagar el hospedaje. En el pliego cerrado que me entregó a mí ponía a Cayo Hueso con veinte mil pesos (20,000) cuando habíamos convenido en que yo tenía amplias facultades para reunir los cuarenta y cinco mil cómo y dónde pudiera. Conseguí en el Cayo—gracias al buen juicio de Gonzalito, su Secretario—reunirle los seiscientos pesos sin que se enteraran los emigrados de la situación del Jefe, e hice caso omiso de la instrucción del General. He aquí los comprobantes que leo por el valor histórico que tienen:

"Club C. M. de Céspedes.—Cayo Hueso.—Secretaría.

Señor Tesorero: De orden del señor Presidente, y para llenar otra del general Máximo Gómez, sírvase poner a disposición del doctor Eusebio Hernández, representante en esta ciudad de dicho General, la suma de seiscientos pesos de los fondos de nuestro Club, para atender al desempeño de una comisión.—Cayo Hueso, enero 6 de 1885.—(f.) *J. D. Poyo Estenoz*, Secretario p. s.—Vto. Bno.: *Enrique Pérez*, Presidente.

Páguese a don Alejandro González, Secretario del General Gómez.—(f.) *E. Hernández*.

Recibidos: *Alejandro González*.

Recibida la suma de seiscientos pesos.—New Orleans, 12 enero, 1885.—(f.) *M. Gómez*."

En aquella época era yo un joven de inagotable entusiasmo, y de convicciones tan firmes sobre la necesidad de la guerra para obtener la independencia, que con facilidad conseguía convencer a mis oyentes. No engañaba a nadie, oía a todos, no hablaba más que lo que debía, iba a todas partes, y procuraba proceder de un modo impecable haciendo una vida ejemplar: era un verdadero apóstol.

Comencé mis gestiones en el Cayo diciendo a un grupo de cubanos pudientes, que el general Gómez estimaba en cuarenta y cinco mil pesos la suma necesaria para despachar las expediciones antes enumeradas; que yo entendía que si salíamos inmediatamente y no teníamos tropiezo, podría alcanzar con esa suma, pero la menor contrariedad nos proporcionaría demoras, y con ellas gastos de consideración a cargo de lo recaudado. Que en tal concepto



se necesitaba *el doble*, con la condición aun de proceder con rapidez, y al Cayo correspondía—en el reparto hecho—contribuir con cuarenta mil pesos (40,000), de ellos treinta mil (30,000) podían prestarlos cinco cubanos ricos: Gato, Soria, Marrero, Recio y Canals, al Comité; que se obligaba a pagarlos con el producto de la primera recolecta que se hiciera después de la llegada de la primera expedición; los diez mil restantes los recolectaríamos en las manufacturas de tabaco. Antes de dar este primer paso, me enteré bien de quién era la persona que en el Cayo inspiraba más confianza a todos los miembros de la Colonia. Se me dijo por ricos y pobres que don José Francisco Lamadrid, que era un gran patriota, de la familia del gran cubano don Benigno Gener, y que como éste, había agotado su fortuna protegiendo a los cubanos presos y ayudando a la revolución. Cuando hablé al señor Lamadrid de mi misión, en la que necesitaba de su concurso, me contestó que “nada podía darme porque nada tenía”, “ni siquiera la actividad, que había perdido con la juventud”. “Su prestigio inmenso”, le contesté, y cuando le hice saber la causa que me llevaba a su casa, me abrazó llorando por la confianza que merecía al pueblo, y por el paso que—a pesar de mis pocos años—acababa de dar. “Cuenta conmigo, y desde ahora le anuncio que usted triunfará, porque los cubanos son muy patriotas en todas partes, y aquí más que en todas partes, pero se les ha explotado tanto en nombre de la patria, que con razón se muestran recelosos. Sin embargo, usted procede de una manera que no deja lugar a la menor desconfianza, y me será muy grato ayudarle a salir victorioso para bien de Cuba y de la confianza en nuestra causa y en nuestros hombres”.

Convinimos en que las cantidades aprontadas por los señores antes mencionados, quedaran depositadas en la caja del señor Recio por el señor José Francisco Lamadrid a disposición del general Máximo Gómez, y que los diez mil pesos restantes los recaudaríamos entre los tabaqueros y los pequeños industriales.

Visitamos con ese motivo el señor Lamadrid y yo, todos los talleres, y en ellos obtuvimos un éxito completo; si alguien contribuía en el acto, como sucedía a veces en medio de la calle, recibía el dinero el señor Lamadrid. Tuve oportunidad en aquella ocasión de ver el amor que profesa el pueblo cubano a su independencia; los pobres querían desprenderse de cuanto tenían y alistarse como expedicionarios; los únicos indiferentes que encontré

fueron los viciosos, los jugadores de oficio, y los de mal vivir, porque aun los obreros llevados de ideas cosmopolitas, las sacrificaban por la patria, y concurrían al campo de batalla por esa patria que todavía nada les ha dado.

Fué esa, señores, para mí, una gran escuela política y social; allí vi en lucha encarnizada *el egoísmo y el altruismo: el egoísmo como una ley de la naturaleza; el altruismo como un producto de la sociedad, y debiendo resultar lo contrario, eran los más egoístas los más ricos y los más intelectuales, fueran unos y otros procedentes de las más elevadas o de las más bajas clases sociales.* Esa diferencia en favor del pueblo dependía del *consenso* de los patriotas ante el ara santa de la independencia, ideal del que pendían todos los espíritus, como sucede en las luchas por una idea que llega a sobreponerse a los intereses de la familia y aún a la propia vida. Los pobres en aquella época generosa se ponían fácilmente de acuerdo alrededor de la causa de la independencia; los ricos necesitaban *ver amenazados* sus intereses, por lo menos tener la seguridad de que en su *actuación* no corrían el menor riesgo. Y sin embargo, *los pobres de mi Patria no han merecido aún la atención de nuestros gobernantes.* Esos tabaqueros debieran haber sido inmortalizados ya en un monumento que haga imperecedera y que ofrezca a las nuevas generaciones el ejemplo de la historia altísima de sus sacrificios. Sin ellos no estaríamos en esta tribuna reconstruyendo nuestra epopeya sin temores como estamos en este momento, los más o menos favorecidos de la fortuna, pues sigue dándose el caso de que ni para oír relatar la historia patria se tenga la costumbre de contar con ellos. ¡Qué justificadas están sus ansias universales de llevar a la práctica las grandes reformas sociales que han de mejorar su condición, única manera—por otra parte—de asegurar la paz que tanto necesita la *actual estructura social.*

Notad que todos contribuyeron; los ricos con la esperanza de recuperar el dinero que adelantaban, los pobres con la única de ver a la patria libre. No censuro a los que prestan su dinero en momentos en que el dinero es el factor principal, no; pero permitidme que aplauda a los que lo dan con todo su corazón y con su vida.

Inmediatamente después de reunir los cuarenta mil pesos (40,000), puse un cablegrama al general Gómez a New Orleans llamándolo al Cayo para que recibiera el dinero, y rogué al señor

Fernando Figueredo firmara otro diciéndole que era urgente su presencia. Vino; le presenté a las personas que habían suscrito el préstamo, e indiqué a los señores Lamadrid y Recio que hicieran entrega de los diez mil pesos de los tabaqueros, y me retiré de la reunión. Al siguiente día me pidió el general Gómez que fuera a Kingston a activar los preparativos de la expedición de José Maceo, y a preparar en su favor el ánimo de los cubanos de Jamaica que se resistían a aceptarlo como Jefe. Mi llegada a Kingston, en donde ya se conocía mi triunfo en el Cayo, fué objeto de una cariñosa manifestación de bienvenida. En esa emigración todos me querían por haber dejado en 1881 recuerdos muy gratos, y mi persona era de todos estimada. No tardé en conseguir que se aceptara la jefatura del general Gómez, y se me prometiera hacerle un gran recibimiento; y antes del cuarto mes estaba listo el general José Maceo. Así lo comuniqué al general Gómez, y le agregué que había resuelto marcharme con José. Esta noticia llegó a oídos del general Antonio Maceo quien, además, por ser mi amigo, tenía por mí la admiración que yo sentía por él; nos queríamos y nos respetábamos. En una carta que a continuación me escribió, me dice lo que yo lamento no poder leer, porque esa carta está en poder del señor Sanguily, pero creo que en ella se leen estas frases: “¿En qué he ofendido yo a Cuba? Si mi padre resucitara, a mi padre no le cedería el honor de ser su compañero de expedición”.

El general Gómez pasó del Cayo a New Orleans, en donde recibió al General Antonio Maceo de regreso de Méjico después de preparar y despachar la expedición del Brigadier Angel Maestre, por una determinación del general Gómez que nunca pude comprender. A poco recibí en Kingston veinte expedicionarios enviados por el general Gómez, sin recursos de ninguna clase. Según carta de Ramón Rubiera que tengo aquí y que voy a leer:

Llegaron:

“New York, junio 23, 1885.—Dr. Eusebio Hernández,—Kingston.—Doctor: Según orden del General, consigno a sus órdenes los siguientes individuos: Justo Correa, Lawrence Oliver, Saturnino Martínez (muerto en el Canal más tarde, de fiebres), Juan Ferrer, Manuel Ferrer, Socorro Díaz, Aurelio Agramonte, Federico González, Rafael Serra, Marcelino Piedra.—Soy de usted atentísimo,—(f.) *Ramón Rubiera.*”

Del mismo modo deseo hacer constar los nombres de otros com-



pañeros que figuran en otra carta del doctor J. M. Párraga, Tesorero de la "Asociación Cubana de New York".

"Sr. Dr. Eusebio Hernández,—Kingston.—New York, marzo 25, 1885.—Muy distinguido amigo: Son portadores de la presente los C. Capitanes Tomás Lao y Juan Rojas, veteranos de la patria y fugitivos de Mahón, quienes van a esa ciudad de Kingston y al cuidado de usted por orden del General Máximo Gómez, quien se los recomienda.—Reitérome su afectísimo amigo y compañero.—(f.) *Dr. J. M. Párraga.*—S[e.], 27 City Hall Place."

De la misma suerte procedió el General con los expedicionarios que debían salir de otros lugares. Lamento no tener el nombre de todos los que tuve a mis órdenes en Kingston, para darlos a conocer en esta conferencia.

Los héroes anónimos me inspiran un gran respeto: son los mejores corazones—en general— que solemos encontrar entre los hombres; sin ganar nada, o sólo una muerte oscura, lo dan todo hasta la vida.

El general Gómez no tuvo jamás—que yo sepa—amor al dinero, creo que no apreciaba su valor sino en el momento preciso en que tenía que pagar alguna cuenta o algún servicio, pero el dinero reunido en el Cayo y en otros lugares hasta la suma de setenta mil pesos (70,000) aproximadamente, como después veremos, lo manejó, sin embargo, con mucha economía. Eso no impidió que procediera desde los primeros instantes como si sus cálculos hubieran de realizarse con precisión matemática; el transporte de expedicionarios, el sostenimiento de los mismos en algunos de los sitios señalados para la salida, los gastos de ropa, sombreros, calzado, consumieron una buena parte de los fondos recaudados en Cayo Hueso, y el General se vió obligado a modificar el primitivo plan de invasión; de ese modo se pasó el año 85, y a fines del mismo nos reunimos en la Capital de Jamaica Antonio Maceo, Gómez y yo, y después de meditar mucho lo que debíamos hacer, convinimos en que las emigraciones habían dado las cantidades que se les había pedido, que en Cuba aguardaban muchos Jefes a las órdenes de Gómez para sublevarse, aunque tenían la expresa de no hacerlo mientras no desembarcara la primera expedición; en una palabra, nos consideramos comprometidos y obligados a redoblar nuestros esfuerzos para ir a Cuba. De donde surgió la necesidad de que Maceo preparara su expedición, y saliera rumbo a Oriente con la esperanza muy fundada de que—tan pronto co-

mo pisara tierra cubana—levantaría en armas a los bravos orientales y multiplicaría el entusiasmo de los emigrados, que no tendrían ningún inconveniente en facilitar la salida inmediata de las otras expediciones. Maceo puso por condición que yo le acompañara a reunir los fondos, indispensables y fuera de Jefe de Estado Mayor con él a Cuba. Acepté con mucho gusto, porque se trataba de un hombre por quien sentía justa admiración y respeto, unidos como estábamos por la franqueza de dos personas que en su intimidad llegaron a suprimir la reserva mental, o sea la hipocresía social.

Gómez me hizo entrega con una carta suya del proyecto de manifiesto que había escrito y hecho revisar por don José Francisco Lamadrid. En su carta que voy a leer, se resistía a que lo viera nadie más que yo. Oid:

“Mi estimado Dr. Hernández.—El general Maceo se adelantó a hacerme una advertencia, que le agradezco, que yo la había pensado, sobre el manifiesto.

Lo redacté desde New Orleans y pensé pasarlo primero por el tamiz de Lamadrid, y después por el de usted. De quién más? Lamadrid lo hizo y me lo devuelve corregido, y lo he puesto en limpio; ahora se lo mando a usted, para que haga lo mismo.

Maceo me aconsejó encomendar ese trabajo a un señor... de New York que no conozco, pero yo no estoy de acuerdo.

Los manifiestos revolucionarios son como las cartas amorosas; se necesita para que su lectura produzca sensación, que el que escriba sienta mucho amor y mucho fuego en el alma. Prescindiendo de eso, ninguno en ese caso, diría más ni más bonito, que José Martí.

Es necesario que lo que se diga salga del corazón para que al corazón llegue.

Sin embargo, hagan ustedes lo que mejor les parezca; conviene a la revolución a quien servimos; que yo marcharé siempre con mi aparejo y mi carga por más dolorosas que sean las mataduras. Suyo afectísimo amigo.—(f.) Gómez.”

No habréis olvidado la carta que al principio de este movimiento escribió Martí a Gómez. Éste no la había visto con indiferencia, y como yo sabía que en el fondo de su espíritu el General deploraba lo ocurrido, y como por otra parte mi trabajo principal, fué siempre sumar amigos a nuestra causa, borrar las distancias nacidas en la guerra, como las ocurridas entre Gómez, Maceo y

Roloff, y los disgustos recientes con hombres como Martí, querido y respetado de todos, rogué al general Maceo que le hablara a Gómez de la conveniencia de que el manifiesto fuera obra de una comisión que apareciera nombrada por Gómez, para hablarle yo después al General sobre el mismo asunto. Y le hablé del documento en cuestión, le hice ver que debíamos aprovecharlo como lazo de unión de los influyentes que se quedaban con los que nos íbamos, y era bueno que yo—de paso en New York con Maceo—llamara con empeño a Martí y a otros cubanos. De mala gana accedió, como se ve en su carta, y salimos para New York Antonio Maceo y yo.

Cité a mi llegada para una reunión en casa de J. Miguel Párraga, a Martí, Félix Fuentes, Castro Palomino, (ya Zambrana se había ido para Méjico, creo), Enrique Trujillo, Dr. Juan Arnao y Ramón Rubiera. Di cuenta con la comisión que se me había conferido como si efectivamente fuera el deseo del General que modificáramos el documento como entendiéramos más conveniente a los intereses de la revolución que íbamos a empezar. Todos aceptaron y agradecieron la atención del general Gómez, menos Martí que no concurrió, y como me suponían bien enterado del modo íntimo de pensar del Jefe, se aceptaron todas mis indicaciones principales sobre el particular. Resultó un documento muy serio, en el que hacíamos una exposición de motivos ante el mundo de nuestra nueva resolución. “En la guerra, decíamos, imperará el régimen militar; en la paz, el régimen puramente civil. Nuestra conducta en la guerra será la de todas las naciones civilizadas, principalmente con los prisioneros, y terminada la lucha consideraremos ciudadanos de la República a todos los que habiten en territorio cubano”, en prueba de que deseábamos hacer una vida tranquila y segura para todos.

He aquí el proyecto de manifiesto escrito por el General Gómez, corregido por Lamadrid y a mí entregado como he dicho, y mi carta después de terminado:

“Máximo Gómez, Mayor General del Ejército Libertador de Cuba y por la voluntad del pueblo y del Ejército, Jefe Supremo de la Revolución.

“A la América Libre. Al mundo:

“Los perseverantes desmanes de la tiranía, apurando los esfuerzos de la tolerancia de un pueblo sensato y animoso, han impelido a renovar la guerra contra el poder de España, a patrio-



tas valientes y denodados, resueltos a morir, peleando como buenos por la libertad de su patria; de la desventurada Cuba, que, en el seno de la libre, rica y hermosa América, entre crueles dolores, y vilmente engañada, explotada y escarnecida, arrastra aún las denigrantes cadenas del vasallaje, con mengua de la civilización y vergüenza de los pueblos libres.

“En hora, por demás, para ella infortunada, un ejército valeroso, cuya frente orlaban los laureles de cien victorias; incauto y dócil a los impulsos nobles y humanitarios sentimientos, formó una paz que basada en solemnes y halagadoras promesas de dicha y libertad para la esclavizada colonia, le fué ofrecida con insigne mala fe, y pérfido artificio por el digno representante de un Gobierno tenazmente desleal, tiránico y codicioso.

“Grandemente fecunda en crueles injusticias fué aquella paz funesta, y en el sosiego, que tras la inquietud constante de sangrienta lucha, trajo al ánimo del tirano, juzgando éste asegurado su ominoso poder, extremóse en beneficiarla al compás de sus protervas miras, para hacer a mansalva, y con torpe desdén de sus propios compromisos, más negra su falsía, su explotación más desapoderada, más dura y cruel su opresión, más notorio su desprecio al que se somete, y pérfidamente alardeando de leal y dádivo, más audaz e insultante su vil escarnio de la sensatez y dignidad del pueblo cubano, con ilusorias y amañadas concesiones.

“Así estrelláronse contra la roca de su insaciable codicia, los lamentos de ese pueblo infeliz, arrastrado por despiadadas exacciones a hórrida miseria, para que no se le arrebatase el mezquino pan que amasa con sus lágrimas.

“Así tornó el adusto semblante, para que no hiriese sus oídos el profundo y lastimero gemido del miserable esclavo que encorvado por el dolor, fertiliza las tierras de su indolente amo, bajo el látigo con el sudor que corre de su frente, y la sangre que mana de sus carnes y la lágrima que cae de sus ojos.

“Así, ante rudo desaire y menosprecio, malogróse el esforzado empeño que, por cuantos medios hallábamos al amparo de la razón y de la ley, emplearon sinceramente y con lealtad, hombres ansiosos de progreso y libertad, refrenados con abnegación heroica—que heroísmo es necesario para descender hasta la humillación en la demanda de derechos usurpados—los ímpetus generosos de una justa indignación en odio de sangre, de lágrimas y ruina.

“Y así la más grande, rica y feraz de las Antillas, al em-

puje de una administración estulta, rapaz y pervertida, contempla acongojada la devastación de sus campos, de que ha desaparecido la espléndida cultura que los engalanaba, el hondo abatimiento de su activo y vigoroso comercio, el angustiado vivir de sus industriales, la enorme depreciación de sus propiedades, el trabajo, huyendo de los brazos del desdichado obrero, el hambre, en fin, batiendo sus pavorosas alas sobre las poblaciones, sobre sus más fértiles comarcas, la degradación por todas partes, e imperando el bandolerismo.

“Y en tanto sus míseros y virtuosos habitantes vejados, explotados, oprimidos, sin ley que los ampare ni derechos que los proteja.

“Y sólo los pueblos ignorantes y corrompidos aceptan impasibles por mucho tiempo, tanto baldón y tanto oprobio.

“Y el pueblo cubano que ya una vez dió ante el mundo pruebas de que, prefiere la muerte a la degradación y la ignominia, abrazando el poderoso escudo de la razón, la justicia y el derecho, lánzase de nuevo a los combates, para arrancar de las manos del déspota usurpador la libertad e independencia de su patria.

“Para continuar llevando resignados sobre sus hombros el peso abrumador de tan terribles desafueros, menester fuera no ser hombre, no ser americano.

“Pueblos libres de América: hombres libres de América y Europa, cubanos y españoles: se va a derramar más sangre, se va a verter más tanto sobre cadáveres y ruinas. Empero, fuerza es que así sea, porque escrito está, que sólo remontándose a las regiones del Gólgota, pueden hombres y pueblos conquistar sus derechos y su libertad, y con la civilización y progreso.

“Cuba independiente constituida en República Democrática, ocupará el puesto distinguido que le señalan sus grandes y prósperos destinos, en la gran familia de las naciones civilizadas, y fiel a los sacrosantos dogmas de libertad, igualdad y fraternidad, que embellecen el programa de su revolución redentora, abrirá su seno a todas las nacionalidades, a todas las razas, brindándoles amor, felicidad, porvenir y garantías.

“En busca, pues, de apoyo para realizar tan elevados intentos, os dirige su voz, interesando vuestro honor, y en nombre de los grandes principios de la Democracia.

“América libre, aguarda y contempla, y si en las horas tan solemnes para la historia de un pueblo, que va a librar su última

batalla, en reivindicación de sus derechos, tu desdén es la prenda de amistad que ofrendas al poder de España, el espíritu del gran Bolívar y de Washington te maldigan.

“SOLDADOS DEL EJERCITO LIBERTADOR, la Patria os llama a vuestro puesto.

“CUBANOS, haced que nuestro nombre sea una realidad!

(f.) *M. Gómez,*
Jefe.”

“New York, septiembre 26 del 85.

“Señor General M. Gómez.

“Mi querido General: Está terminado el manifiesto. Por acuerdo tomado en la última sesión, envío a usted copia de las actas y del manifiesto, a fin de que se digne usted dar su aprobación y determinar la época y lugar en que deba ver la luz pública. Como consta en acta, se le suplica tenga usted la bondad de participar a la junta por mi conducto su aprobación definitiva lo mismo que cualquiera variación que considerase oportuna.

“Ahora bien, General: el principal objeto de esta junta, según manifesté a usted, debía ser el dar al manifiesto la expresión del Partido Independiente en lo posible, y hacer por este medio más positiva la armonía de todos los elementos de ella, aquí en New York, donde tantas diferencias existen, e incondicional el apoyo a la revolución fotografiada—por decirlo así—en el documento dicho. Como en esencia no se ha variado el proyecto de manifiesto que usted me confió, y sí se han aclarado conceptos oscuros, y dado plan al trabajo, que no lo tenía, con la adición de necesarias y honrosísimas declaraciones de que sabe usted que soy testigo desde Honduras acerca del propósito de usted y de los demás Jefes para el porvenir; como en realidad nada hay contrario a su pensamiento supuesto que el tal documento es la voz de la Revolución misma en sus principios sustentado y en la conducta que se propone seguir, espero que será aprobado por usted sin enmienda, para conservar así el lazo moral que con la confección de este manifiesto ha unido las voluntades que parecían más opuestas, estimando además el acto como prueba de su carácter conciliador, y de su respeto por la obra sublime que va a acometer.

“Y bien, General, era preciso que todo lo que concierne a la Revolución quedara bien explicado. Nuestro derecho lo ha reco-



nocido el mundo ya en diez años de aplausos; las causas que nos mueven a renovar la guerra debían ser expuestas cumplidamente, y se ha conseguido trazando un bosquejo histórico de los siete años transcurridos, empezando en las promesas maquiavélicas del Gobierno Español, la organización en un programa de partido de esas promesas o reformas que no han sido cumplidas; la conducta de los autonomistas no aceptada, pero tenida en respeto por nosotros, la de los Jefes de la guerra y parte del elemento civil que rechazaron toda promesa y juzgaron como una tregua el Zanjón, hasta el momento actual de total ruina para el país bajo el gobierno español, y sin solución a su crisis mortal ni siquiera imaginaria llegando a convertir la más rica de las Antillas en un montón de miserias y un foco de corrupción. Esa es la causa que nos impele a renovar la guerra, natural y sencilla como expresión de la verdad y de la justicia.

Después, al país debíamos decirle los propósitos de la Revolución, su organización, la armonía de todos sus elementos, y su conducta con la propiedad, los españoles, los extranjeros y los cubanos todos. Y al conseguir necesariamente la conformidad del elemento civil en una organización puramente militar, coincidiendo así con las ideas del ejército, no debíamos prescindir del título mayor de gloria con que se anuncia al porvenir nuestro ejército libertador, reconociendo su misión en la independencia patria, y coincidiendo con el elemento civil en el régimen de las instituciones de derecho, únicas que gobiernan en plena libertad. No tengo que decirle mi participación en esta obra; usted reconocerá mis ideas desde la primera palabra. Y es natural: desde Honduras nos hemos comunicado tantas veces nuestras ideas, que no es difícil ya que entre usted y yo haya mucho de común hasta en la manera detallada de ver las cosas. Por último: al ejército era preciso marcarle bien su deber único, hacer un llamamiento a su dignidad, confiar a su heroísmo la salvación de Cuba. El lenguaje en esta parte debía tener el sello militar. Después de todo eso, si merece su completa aprobación, sería para mí un motivo más de satisfacción por la parte que me corresponde, y más que esto por los fines antes dichos. Contésteme por medio del señor Lamadrid. Y si yo no estoy (eso usted lo sabrá mejor que yo), al Secretario de la Junta, Sr. Palomina, por medio de Parraga. Afectos a la familia, Gonzalito, Fuentes y Alomá, y ordene a su atento amigo y subalterno que lo quiere.—(f.) *E. Hernández.*”

Se acordó asimismo que el documento se sellara y archivara en la A. C. de S., y se confiara a mi custodia a su debido tiempo hasta que desembarcáramos en Cuba, pues antes no debía conocerlo nadie, y nadie se reservó de él ejemplares.

Inmediatamente salí, de acuerdo con Maceo, para New Orleans, en busca de recursos para su expedición. Encontré a los patriotas disgustados con el General Gómez que los había tratado muy mal—decían—y me costó algunos días el poderlos reunir. Me ayudaron el doctor Havá Fayle, y otros buenos cubanos a recaudar unos dos mil cuatrocientos cuarenta y cuatro (2,444) pesos que pedí en nombre de Maceo. Dejé contentos otra vez y unidos a todos aquellos excelentes emigrados, y regresé a New York en donde me aguardaba Maceo. Éste no había podido recolectar nada en New York ni en Filadelfia, porque se había convenido en dejar esos centros a Emilio Núñez para su expedición, que debía salir después de la de Rafael Rodríguez, o sea la tercera, pues la de Maceo, debía ser la primera, como he dicho. No le quedaba a Maceo otro camino que el del Cayo si quería conseguir dinero; de donde me había despedido diciéndoles en 1885 que al ausentarme daría el frente al enemigo; y había transcurrido casi un año, y me era penoso volver afirmando que saldríamos en seguida.

Trujillo anunció la probable visita de Maceo y Hernández, e inmediatamente contestaron del Cayo que fuéramos, que el Pueblo nos aguardaba con verdaderas ansias de vernos, y de estrecharnos.

Nuestra llegada causó cierta impresión en el pasaje, porque fuímos saludados con 21 cañonazos. Caía en ese momento un aguacero, pero los cubanos del Cayo no se detenían ante esas contrariedades cuando se trataba de Cuba. En un coche que nos tenían preparado entramos a la fuerza con Lamadrid y Figueredo entre vivas y aplausos. Una banda de música rompió la marcha a los acordes del Himno hacia San Carlos, y detrás por acompañamiento gran parte del pueblo delirante de entusiasmo.

En el teatro había media población que pidió en el acto que yo ocupara la tribuna. No me hice esperar, y empecé recordando mis últimas palabras de 1885, pronunciadas al abandonar el Cayo: "Cuando la necesidad de ausentarme me obligue a daros la espalda, debéis entender que he dado frente al enemigo". Aquel pueblo entusiasta me interrumpió diciéndome que no necesitaba explicaciones, que conocía todo lo ocurrido, y que se hallaba dis-



puesto a reunir de nuevo lo necesario para la expedición “Maceo-Hernández”.

Profundamente emocionado presenté al General Antonio Maceo, que debía salir para Cuba en la primera expedición que queríamos organizar con los recursos que nos dieran. Inmenso, extraordinario fué el efecto que en aquellos emigrados causaron esas palabras, y la presencia de los dos acompañados de Lamadrid y Figueredo en el escenario de San Carlos. Todo el mundo de pie aplaudiendo, dando vivas, saltando al escenario para abrazarnos, y vaciar sus bolsillos en manos de la Directiva; las señoras y señoritas se desprendían de sus aretes, sortijas, pulseras, de cuanto tenían. Se veían hijas, esposas o novias, sacando el retrato del ser querido de medallones y de relojes para depositarlos también. No pude continuar mi discurso, con música y seguidos de aquella enorme concurrencia fuimos acompañados al alojamiento que nos tenían reservado. Hasta las doce de la noche duró aquel entusiasmo extraordinario, rayano en el paroxismo o la locura.

Al siguiente día se nombró—por indicación nuestra—una comisión de señoritas encargadas de rifar aquellas prendas, a las que había unido el General Maceo un alfiler de corbata de su propiedad.

Nuestras compatriotas vendían las papeletas a la misma policía, identificada con nosotros. En una semana reunimos más dinero del que habíamos pedido, nueve mil (9,000) pesos en vez de ocho mil, y *en esa semana patriótica* se confundían los americanos con los cubanos, esto es, todos los hombres amantes de la libertad en aquel suelo libre. Esos recuerdos no se borran fácilmente, y cuando se han repetido muchas veces en un largo período de la vida, dejan en el espíritu trazada una huella imperecedera, hábito que sigue rigiendo la marcha de sus actores a través de la existencia. Eso explica el sabor de marcado patriotismo que informa los actos de los que sobrevivimos a aquellas grandes acciones en que todo era alto, desinteresado, por el bien de todos y olvidado del bien propio. Los que no conocen esas situaciones, los que no han puesto su corazón al unísono con el latir supremo de la Patria en peligro, no comprenden esos cánones sagrados, ni entienden la psicología de las grandes colectividades actuando sobre la de cada individuo y vice-versa, ni se deleitan con esa armonía sublime de las leyes biológicas naturales y sociales, creadoras y

únicas diferenciadoras de la Especie humana en el gran proceso zoológico.

Cien páginas no bastarían para contener los rasgos diversos que esmaltaban la labor rápida, sencilla y delicadísima *de la semana patriótica*: las señoritas nos escoltaban a Maceo y a mí en marcha a los talleres, y algunas ceñida la bandera de Cuba al cuerpo, me precedían radiantes de patriotismo y de belleza en la tribuna honrada del lector de la fábrica. Maceo, el hombre de bronce, se conmovía, e incesantemente le tenían de pie las repetidas ovaciones delirantes e inacabables provocadas por las alusiones que le hacían en sus vibrantes discursos algunas paisanitas nuestras admiradoras del héroe.

Pronunciaba yo un discurso en San Carlos una noche para decir que no queríamos más dinero y testimoniar nuestra gratitud, y se presentó en el escenario la Directora de un "Club de señoras y señoritas" que acababa de constituirse, y me pidió que le diera nombre. Sin interrumpir mi discurso le llamé "El hijo de esta noche" (6 de noviembre). Traía la Presidenta una bandera, obsequio que hacía el "Club" al insigne Maceo, que ella quiso entregar en el acto en que yo lo denominé. La tomó en sus manos el héroe, yo guardé silencio en la tribuna ante aquel público petrificado, y el *protestante de Baraguá* dijo estas palabras, que salieron de sus labios como bombas de la boca de un cañón: "Juro sacar triunfante esta bandera, o caer envuelto entre sus pliegues". Lo que allí pasó no se puede describir: vivas, aplausos, gritos, carcajadas nerviosas, lágrimas a raudales, abrazos, y en momentos dados las manos extendidas hacia el héroe agitando pañuelos, sombreros, bastones, o solas, abiertas, cerradas, y en cuantas formas puede revestir el sentimiento desbordado de un pueblo que ansía su libertad, y alienta la fe absoluta de que delante tiene a su libertador.

A qué seguir? ¡Maceo lloraba! No sé lo que yo hacía, ni podría describir lo que sentía en aquellos instantes.

¡Y volver la vista en este momento alrededor, y contemplar esta realidad por fortuna agonizante, de mercantilismo, de fe perdida, de amontonamiento de conciencias pervertidas con el oro, la promesa, la amenaza, y de otras conciencias estrujadas que dejan cuatro años de funesta perturbación, parecida al desorden en que deja el huracán campos y ciudades convertidos en sus juguetes!



Pero no; lo grvae sería que se repitiera, y no se repetirá! Ningún mal es eterno! Esperemos la rectificación, y si viene, ayudémosla sin envidias, ni rencores, ni mal entendido patriotismo disfrazado con el nombre de interés de partido; que lo importante no es quién haga el bien, sino hacerlo y aplaudir de corazón a quien lo realice noblemente. ¡Héroes, no levantéis ahora la cabeza, esperad a que se borren por completo las huellas del huracán!

Despedidos a los pocos días por los habitantes del Cayo—no se puede decir otra cosa—regresamos a New York. En la noche del 27 de noviembre nos presentamos en un teatro lleno de amigos de la independencia, e hicimos allí propaganda de nuestra doctrina de *moderación* para el porvenir, y de *absoluta resolución* presente de derribar el imperio colonial, y anunciamos que el General Maceo seguiría a Kingston y al Canal, a Kingston para conferenciar con Gómez, al Canal porque de un lugar próximo se proponía salir; entre tanto yo quedaba en New York para ayudar al Coronel Emilio Núñez a preparar su expedición, y adquirir por medio de Queralta un vapor en el que me embarcaría con las armas y el Manifiesto, y recogería en el Canal a los expedicionarios que con Maceo al frente me aguardasen para seguir a Cuba. Las autoridades del Canal, amigas de Cuba, acababan de modificar su conducta con respecto a nosotros. Una cuestión sometida al Rey de España, árbitro aceptado por ambas partes, obligaba al gobierno colombiano a demostrar al español sus interesadas simpatías apoderándose de nuestras armas, y como señalado favor a nosotros reembarcándolas para el lugar de salida, y causándonos pérdidas de tiempo, de dinero y de hombres—algunos expedicionarios murieron de fiebres—cuyas consecuencias fueron inapreciables.

Maceo mandó de incógnito a Crombet a preparar en New York otro vapor, y en la imposibilidad de salir de Panamá, que se dirigiera a Jamaica a recogerlos en el lugar convenido de la costa.

Los expedicionarios, Maceo y yo, salimos para Jamaica a bordo de un vapor carbonero. Casi todos llegados con fiebre y poco después de descansar algunas horas en Kingston, distribuimos los expedicionarios en "Temple Hall", zona de cultivo ocupada por familias cubanas, y aguardamos la llegada de Crombet. El vapor en que debía venir haría ciertas señales con luces de colores en un punto de la costa jamaquina, en donde el encargado por nos-

otros de la vigilancia, contestaría por medio de luces iguales si había o no peligro. Si las señales hechas por el barco no se contestaban, debía entender el Capitán del mismo que existía, y en ese caso podía seguir viaje a Santo Domingo, y aguardar allí, puesto que estaba despachado para dicha República. El vapor llegó, hizo las señales sin obtener contestación de tierra, se alejó, volvió más tarde, repitió las señales, y en vista de que no se le contestaba, el Capitán se atemorizó y resolvió seguir a Santo Domingo. Crombet desembarcó en un bote, afirmó que el Capitán había hecho las señales convenientes sin resultado, y que temeroso de ser apresado por las autoridades inglesas resolvió seguir a Santo Domingo—según lo convenido—a pesar de su repetida protesta.

Máximo Gómez, en los momentos en que ocurría esto en Kingston, había embarcado en New York—por medio del Cónsul dominicano, hermano del Presidente Billini, primos de Gómez—las armas, municiones y equipos para su expedición. A continuación se embarcó él para la República hermana, en donde todo parecía estar en calma, y en ese lapso de tiempo se le ocurrió a Lily derrocar a Billini y poner en su lugar al Vicepresidente, hechura suya. Como en ese instante llegaran las armas y las municiones, el caudillo dominicano se apoderó de ellas, y las repartió a sus soldados y a Máximo Gómez lo redujo a prisión.

Máximo Gómez había empleado en esa expedición el resto del dinero que le recogió en el Cayo. Maceo había consumido igualmente buena parte del que nos dieron en el Cayo y New Orleans, y al General Rafael Rodríguez le había yo pedido para completar el dinero de Maceo mil pesos (1,000) de los fondos destinados a su expedición, según consta en los documentos que voy a dar a conocer. Carta del General Rafael Rodríguez:

“Key West, Febrero 20, 1886.—Dr. Eusebio Hernández.—New York.—Querido doctor:—He recibido la suya de fecha 14 del corriente. Por el correo que sale hoy van los mil pesos que usted pide, dirigidos al doctor Párraga para que los entregue a usted.

“Yo lamento altamente las dificultades que se nos vienen presentando para la realización de nuestros proyectos.

“Al recibir la suya, no tuve la menor duda en la determinación que tenía que tomar, que era enviarle el dinero, a pesar de la situación difícil en que se me coloca, porque usted sabe que esa cantidad es la única con que yo cuento para mi movimiento, y que



no contando como contaba con la embarcación de Queralta, me será más difícil y costoso conseguirla por mi cuenta; no obstante estas consideraciones, preferiría fracasar yo a cargar con la más insignificante responsabilidad de que por mi causa se había interrumpido el movimiento, así es que como le dije antes, no dudé un momento en remitírselos; pero como este dinero no está en mi poder sino que lo conserva el tesorero del Club y fué prestado como lo obtuve, con la condición de parte nuestra de que se iniciaría una colecta oportunamente para abonar esa cantidad y ésta no se ha hecho aún por creer no dé resultado hoy.

“Por esta razón se vió el Comité en una dificultad que con repugnancia ha vencido, al ver lo grave de la situación, y las consecuencias que podría traer el trastorno de aquel movimiento.

“El documento que debe remitirme como comprobante de haber recibido los mil pesos (1,000) hágalo en la forma en que usted crea más propia para salvar su responsabilidad y la mía.

“Para mayor seguridad le remito en carta certificada al doctor Párraga el dinero y al propio tiempo le dirijo otra sin certificar, avisándole que vaya al correo a recoger la certificada, a fin de que no sufra demora.

“Hasta mi próxima quedo siempre suyo de corazón,

(f.) *Rafael Rodríguez.*”

Recibo del Dr. Párraga:

“Tesorería General. He recibido en depósito la suma de un mil pesos (1,000) que el Brigadier Rafael Rodríguez, desde Key West, envía al doctor Eusebio Hernández para el General José Antonio Maceo.—New York, marzo 2 de 1886.

(f.) *Corl. Dr. J. M. Párraga.*

Tesorero General.”

Recibo del Dr. Eusebio Hernández:

“He recibido del General Rafael Rodríguez la cantidad de mil pesos (1,000) que le pedí a nombre del general José Antonio Maceo como condición para poder vencer las dificultades creadas a la salida de la expedición a cargo del segundo, por no haber llevado el coronel Queralta la embarcación que prometió al general Maceo en un término convenido, y haber transcurrido cuatro veces dicho término sin que hayan sido más felices las gestiones

de dicho Coronel; debiendo por tanto resolver la dificultad allá el General Maceo, lo que no podría ser sin la ayuda de mil pesos del General Rafael Rodríguez, que están depositados en poder del Tesorero general, hasta que con el resto del dinero los lleve yo en persona al General Maceo.

Y doy el presente recibo explicado para salvar en todo tiempo de responsabilidad al General Rodríguez, en un asunto en que sólo tiene la gloria de no haber sido obstáculo con su negativa para el éxito de la empresa, toda vez que sin él sería difícil.

New York, marzo 3 de 1886.

(f.) *Eusebio Hernández.*"

El coronel Emilio Núñez no se había movido, estaba en su casa, ni tenía que hacer gastos ni urgencia de recaudar el dinero de su expedición: todo el trabajo de organización en Filadelfia y New York lo habíamos hecho él, Enrique Trujillo, Portuondo, el flautista Solís y otros cubanos y cubanas entusiastas y yo. Con la prisión de Máximo Gómez tuvimos un largo período de vacilaciones. Sin embargo, todas las emigraciones estuvieron contestes en que debíamos aguardar a que Gómez fuera puesto en libertad, libertad que esperábamos inútilmente todos los días. Al fin, a los ocho meses lo sacó de la cárcel Lily, y cortésmente lo invitó a salir de Santo Domingo.

Llegó a Kingston el prisionero de Lily acompañado del general Pancho Carrillo, Alejandro González, su Secretario y otros cubanos. Carrillo se dirigió al campo donde me encontraba con los expedicionarios que, como antes dije, había distribuído entre las familias de "Temple Hall" por carecer de dinero para alimentarlos, vestirlos y calzarlos, y convencido en aquella época, como hoy, de que la *mejor razón* es el ejemplo, me descaleé y comía con ellos las yucas, malangas, boniatos y plátanos que podíamos conseguir. Yo tenía las mejores casas de Kingston a mi disposición, pero comprendí que si aceptaba los ofrecimientos que me hacían no podría responder satisfactoriamente a las justas exigencias de mis compañeros, entre los que estaban Martín Morúa Delgado, Rafael Serra, Arcil Duvergel (el bravo), los Capitanes Laó, y Rojas, Elizardo Maceo Rizo, y muchos otros jóvenes de todas las ciudades de Cuba, así como el coronel Agustín Cebreco, el coronel José Maceo, el brigadier Flor Crombet y el general An-



tonio Maceo. Carrillo me encontró naturalmente descalzo, y a sus preguntas le contesté que me estaba fortaleciendo para las marchas que teníamos que hacer en Cuba (que era lo que yo decía a mis compañeros que convenía que hiciéramos todos para cuando careciéramos de calzado y de sombrero en la guerra).

Mucha gracia le hizo al general Carrillo—que fué siempre muy amigo mío y bien correspondido en su buena amistad—mi respuesta.

A los pocos días recibí una citación del general Gómez para una conferencia que tendría lugar en Kingston en casa de Octavio Bavastro, suegro de Alejandro González, y esposo de una prima de Flor, mujer de gran mérito moral e intelectual. Nos reunimos bajo la presidencia de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Flor Crombet, Francisco Carrillo, José Maceo, A. Cebreco, Alejandro González y yo. El general Máximo Gómez nos hizo relación minuciosa de la pérdida de las armas, del gasto del dinero y de su prisión. Maceo, a su vez, detalló los incidentes que condujeron al fracaso las dos expediciones que habíamos preparado. Yo di cuenta de haber dejado incompleta la suma destinada a la expedición de Rafael Rodríguez por haberle pedido mil pesos que faltaron para la expedición de Maceo.

Puesta a discusión la línea de conducta que debíamos seguir, Maceo opinó que suspendiéramos el movimientos y publicara el general Gómez un manifiesto firmado por todos, si así se acordaba, explicando con toda claridad lo ocurrido. Fuímos de opinión distinta: Flor, Carrillo, Cebreco y yo, que sostuvimos la necesidad de hacer un último esfuerzo por llegar a Cuba aunque fuera en botes. El general Gómez dijo que mientras hubiera un jefe que entendiera que debíamos seguir luchando, él lo secundaría, y se declaró partidario de nuestro empeño, que por otra parte, contaba con la mayoría. Salimos con este motivo otra vez a Cayo Hueso Carrillo y yo, esperanzados de preparar nuestra expedición. El general Gómez y Flor se dirigieron al Canal con igual deseo. Antonio Maceo quedó en Kingston con José y Cebreco, quienes más tarde pasaron también al Canal. Grandes apuros pasó conmigo durante la travesía de Kingston a New York el general Carrillo; embarcamos en un vapor platanero que no tenía camarotes, dormíamos tendidos sobre la cubierta, naturalmente muy sucia, y yo sufría fiebres del Canal de Panamá desde hacía algunos meses, que me tenían debilitado, y en el momento

álgido del acceso parecía moribundo a los ojos de los profanos. El capitán estaba aterrado pensando en una probable cuarentena y en la pérdida consecutiva del cargamento, y a las primeras indicaciones de Carrillo me cedió su camarote, estrecho, próximo a la máquina, en donde creí que me asaba.

Así llegamos a New York; todos me ayudaron a levantarme y a vestirme, me pusieron un sobretodo, creo que del capitán, y cuando vino la Sanidad a pasar la visita se le dijo al médico que mis fiebres eran de Panamá, palúdicas, y que yo era médico. El doctor me hizo algunas preguntas, y quedó tranquilo respecto de la fiebre amarilla, que era la mayor preocupación de aquella época.

Descansamos en New York algunos días para seguir a Cayo Hueso. Esa llegada al Cayo me tenía más preocupado que la fiebre. ¿Qué podía yo decir por tercera vez a aquellos buenos cubanos? ¿Que la culpa no era mía? No, la culpa era de todos, mejor dicho, de los accidentes imprevistos que surgieron por todas partes, y acaso de nuestro firme propósito de que nadie se levantara en el país antes de nuestra llegada, para evitar sacrificios que no nos hubiéramos perdonado nunca. ¿Quién podía pensar en el arbitraje, que nos costó el reembarque de las armas en Panamá? ¿A quién se podía hacer responsable de no haber visto las señales del vapor que condujo Crombet a las costas de Jamaica? ¿Quién hubiera tenido la menor sospecha de que pudieran perderse las armas que Máximo Gómez despachó para Santo Domingo de acuerdo con el Presidente (su primo), y de que él había de ser—por burla de la suerte—reducido a prisión? Y sin embargo, me contrariaba volver a pedir, porque eran en su inmensa mayoría pobres los que tenían que dar; pero como íbamos a hacer un esfuerzo supremo arriesgando nuestras vidas en botes por llegar a Cuba, me confortaba con esa idea.

Al fin, llegamos, nos hicieron un recibimiento bueno como no lo esperábamos ni Carrillo ni yo. Al siguiente día celebramos una conferencia con las principales personalidades del Cayo, y nos dijeron que estaban bien penetrados de las desgracias que habían concurrido a inutilizar nuestros esfuerzos, que era difícil volver a reunir en el momento otra suma de setenta u ochenta mil pesos, y que ellos en vista de eso no solo no estaban dispuestos a facilitar expediciones en botes, sino a impedir las en bien de Cuba, por tratarse de los mejores jefes, que en otra oportunidad podrían servir



a la patria con más seguridad; y se acordó dirigir al general Máximo Gómez una comunicación pidiéndole que desistiera por el momento de todo intento de ir a Cuba en espera de otra oportunidad en que, con elementos suficientes, pueda dar mayores seguridades de éxito; que habiendo contribuído la emigración del Cayo con las dos terceras partes—por lo menos—del dinero recaudado, se creía autorizada para tomar esa iniciativa, con la esperanza de que merecería la aprobación de las demás. Con ese mensaje y una carta mía partió para el Canal el general Francisco Carrillo (actual Gobernador en Santa Clara) en tanto que yo aguardé en el Cayo su regreso y la contestación del general Gómez, “sin cuya licencia escrita” no quise abandonar el movimiento.

En el Canal se entrevistó Carrillo con Gómez, y éste después de leer el mensaje de los emigrados del Cayo concordante con la manera de pensar de los de Kingston, New York, el Canal, etc., y de conformidad con la opinión de Maceo y del convencimiento nuestro nacido del último inútil esfuerzo que acabábamos de efectuar, se decidió a dar por terminado el movimiento.

He aquí la licencia que a petición mía me mandó el General con Carrillo en contestación a la que yo le escribí, y que deseo se conozca porque refleja la psicología de aquel momento.

Licencia del General Máximo Gómez

“Istmo de Panamá, 16 de diciembre de 1886.

Dr. Eusebio Hernández.—Estimado amigo: por Carrillo y por la carta de usted sé ya el resultado de todo. Por acá en idénticas condiciones, no hay pues que pensar de momento en nada de eso: nuestras gestiones, a más de no darnos fruto ninguno, pueden ser interpretadas de un modo desfavorable a nuestra reputación. Yo no digo una palabra más, ni doy un paso más.

Después de todo lo ocurrido, y cuando se quiera principiar de nuevo, no se debe comenzar por pedir dinero, por ahí se debe concluir. Lo primero es organizarse, y lo poquito que yo pude hacer en ese sentido todo se ha disuelto. Con quién se puede, pues, entender la revolución? Con nadie.

Yo estoy aquí trabajando para evitar el hambre a mis hijos, Crombet lo mismo y todos.

Deseo saber dónde fijará usted su residencia, qué piensa hacer. Si pudiéramos volver a Honduras, allí viviríamos mejor; por no



tener dinero no he ido a ver a Bogran, pues allí dejamos amigos. Consérvese bien y quedo como siempre su amigo,

(f.) *Máximo Gómez.*"

La carta que acabo de leer es contestación a la siguiente:

"Cayo Hueso, noviembre 19.—1886.

Sr. General Máximo Gómez, Canal de Panamá.

Mi querido amigo: la presencia del General Carrillo en esa le hará presumir el estado de nuestras cosas. Aquí, donde el dulce nombre de Patria era la palabra sacramental, el tema de todas las conversaciones, de todos los discursos, sucede que es hoy la última que se pronuncia. A la confianza ha sucedido la duda, a la esperanza la incredulidad, al entusiasmo el silencio, al cariño la indiferencia, a la acción eficaz la quietud desorganizadora, ¡silencio sombrío! tal es en estos momentos el Cayo.

¿Será que falta el patriotismo? No; la fe. Las causas le son conocidas, y si para usted como para mí, son exageradas, como seguramente para todos nuestros compañeros, no por serlo son menos exactos los hechos que relato, hechos que se nos imponen con una realidad abrumadora. De modo que, antes de nacer, conjúranse las circunstancias alrededor del movimiento y dan por resultado el aborto de la Revolución. Yo, el hombre de la esperanza creciente, de la fe inextinguible y de inalterable optimismo, cruzado de brazos ante la realidad abrumadora que me arranca el corazón, tengo que confesar que entre la razón del hombre, su anhelo de justicia y su indomable energía por el ideal que perseverante persigue, entrelázase algo, como una fuerza ciega que le perturba, y le interrumpe, y le detiene y hasta le derriba precipitándole en el abismo por el solo delito de amar el bien de la sociedad y el progreso de los pueblos. El fatalismo! Ahora lo comprendo, después de eso, la decepción, es decir, la duda sin horizonte, es decir el egoísmo.

Y la vida, cuyo término era el bien, destino del hombre alcanzado por los mejores medios como el desinterés, el sacrificio, el heroísmo y sobre todo, la perseverancia, redúcese ahora al placer interrumpido a cada paso por el dolor.

.....

No es el mejor el más honrado, sino el más hipócrita; la honradez mira a lo justo, y la justicia es un mito; la hipocresía que es el bien parecer, mira sólo a lo útil y lo útil es el medio en el



esfuerzo final del hombre por el placer. El que más goza es el más virtuoso... He ahí la decepción. A esas desconsoladoras consecuencias podría arrastrarnos, si en sus brazos nos arrojásemos en momentos críticos como los actuales, General. Eso no impide que yo la haya experimentado. Me ha herido, a qué negarlo? Pero tomo del hecho amargo lo que debe servirnos de experiencia sobre los hombres y las cosas, y sin dudar de la inmortalidad del hombre como obrero empeñado en la obra del progreso humano, prepárome a continuar luchando si no necesitamos reponer los medios de acción; o a sentar la base del mañana si los medios nos faltan ahora. En ese caso el lema será el mismo: ¡Adelante! Veremos cómo.

Por eso queda aguardando su atto. s. y amigo.

(f.) *E. Hernández.*"

Y ésta, la última que dentro de una dirigida a Carrillo me escribió el General Gómez a Cayo Hueso a fines de 1886.

"Mi querido doctor.

Desde aquí (Canal de Panamá) y dentro de la carta de Carrillo le envió un cariñoso saludo.

Nos volveremos a ver? Creo que sí; y por qué no?

Para Cuba y para hombres como usted, siempre seré el mismo, no importa que el aquilón de la desgracia ruja a mi alrededor.

Pienso, no sé, estar poco por aquí, pero tampoco sé dónde iré a plantar mi tienda. Donde quiera su amigo,

(f.) *Máximo Gómez.*"

Entre las personas que nos ayudaron en las campañas del Cayo quiero dejar consignados los nombres de Enrique Canals, Enrique Pérez, Presidente del club secreto "Carlos Manuel de Céspedes"; José Dolores Poyo, director de "El Yara"; Guillermo Sorondo, presidente de un comité; Teodoro Pérez, Eduardo H. Gato, Soria, Marrero, manufactureras; Recio, comerciante; Fernando Figueredo; Francisco Ibern; Zaldívar; Ramón Rivero; Briñas; Martín Herreras; Manuel Delgado; el director de "La Propaganda", Francisco Vasallo, y en especial don José Francisco Lamadrid, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo, con verdadera pena. Y entre las damas, Eva Adán de Rodríguez, las señoritas Otero, Isabel Rubio de Canals, la señora María Adán y la señorita Anita.

En Kingston nos prestaron valioso y entusiasta concurso: José

Mi querido Dr.

My Dear

Dice aquí y dentro
de la carta al Carrillo le
envio un cariñoso Saludo,
¿Nos volveremos a
ver? Creo que sí,
y porque no.

Para Cuba y
para Hamburgo como Vd.
siempre será el mismo
no importa que el águila
de la Desgracia braga
a mi alrededor.

Pienso, no se, estar po-
co por aquí pero tomaré
preco de donde iré a
a plantar mi tienda.
Donde quiera en el mundo

M. Gomez:

Desde el Canal de Panamá 1886

IPM

PATRIMONIO

Centro de Estudios
de la UCA

Pérez; José Ros y Mayner; el doctor José Mayner, director de "El Deber"; los hermanos Ernesto y Octavio Bavastro; los hermanos Machado (manufactureros); Pepe Correoso, comerciante; Antonio Gutiérrez; Antonio Collazo; Justo Solórzano; Pepe Griñán, hacendado; Antonio Colás, propietario, y Moreno, agricultor cubano de "Temple Hall".

La experiencia me había enseñado lo difícil que era reunir fondos suficientes para asegurar el éxito de un nuevo movimiento, en el que necesariamente debíamos pensar. Gómez, Maceo, Crombet, Rodríguez, Carrillo, Cebreco, Seraffin Sánchez, Roloff, y otros quedaban, como yo, aguardando mejor ocasión. Pero tendríamos que repetir el desacreditado sistema de las colectas? Las recaudaciones voluntarias o solicitadas tenían el defecto ya probado de la pérdida de tiempo y de los gastos que traen aparejados, equivalente a una buena parte de la recaudación antes de que se puedan organizar los trabajos expedicionarios: hay que mover hombres de largas distancias para que estén listos al primer aviso, y es fuerza alimentarlos, vestirlos y calzarlos, sin contar con las dificultades imprevistas que acompañan a esta clase de empresas.

Por todas esas razones discurrí un plan simple para reunir el dinero necesario sin pedir a nadie un centavo en efectivo.

Además de esa enorme ventaja, tenía la de que no había necesidad de gastar hasta el momento preciso de la acción.

He aquí el plan. Había en las emigraciones diez mil tabaqueros, cada uno debía contribuir con dos tabacos de su fuma de la mejor vitola y mejor material, según acuerdo tomado por los fabricantes. Vendido el millar al precio medio de cincuenta pesos, producirían anualmente los veinte millares diarios—descantando los domingos—trescientos diez y siete mil pesos oro americano (\$317,000). En dos años tendríamos depositados en un banco seiscientos mil pesos por lo bajo. Cada manufacturero vendería por turno con los suyos los "tabacos de la Patria", en tanto que los demás se repartirían los gastos de envases, escogida, fletes, etc., operaciones éstas que ellos reglamentarían para no perjudicarse, ni perjudicar los ingresos revolucionarios.

Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde la "Guerra chiquita" al momento en que pudimos comenzar este movimiento, no sería fácil intentar otro con éxito antes de cuatro o cinco años; y Pancho Carrillo, Lamadrid y yo, después de maduras reflexiones, llegamos a la conclusión de que el desenvolvimiento de ese

plan necesitaba por parte del que lo llevara a cabo, una gran actividad y una completa independencia económica: de ahí mi determinación firme de estudiar una especialidad que me asegurara esa independencia, y venir a los Estados Unidos "a laborar sin descanso". A eso se debe (permitidme que lo haga notar aquí) la especialidad que hoy tengo. El año 90 o 91, calculaba yo que podía estar de regreso en los Estados Unidos, y en efecto hubiera sido así; pero he aquí lo que sucedió: Juan Fraga, cubano "retraído" desde 1870 en New York, a causa de las luchas que había presenciado entre la "Junta Revolucionaria", y los jefes de expediciones, no sabía que el doctor Hernández que actuaba con Gómez y Maceo era un niño que él había conocido con motivo de los sucesos de Jagüey Grande, y después de haber llegado yo a Madrid se enteró, y me escribió una carta "pesimista" sobre el porvenir de la Revolución libertadora que había llegado a creer imposible; y me decía que era la causa de su largo retraimiento la incapacidad de los cubanos para sacrificar sus egoísmos hoy como ayer. Le repliqué que estaba equivocado, que nosotros habíamos culminado en un fracaso por causas diversas, hijas muchas de ellas de nuestra impericia, otras de accidentes inesperados contra los que nada se puede hacer, y que hoy más que nunca estaba convencido de que no había más solución a nuestro problema que la guerra, fuéramos buenos o malos, egoístas o altruistas, y que yo me preparaba para acometer de nuevo la empresa con el plan que antes he referido.

Fué de tal naturaleza la "reacción" que mi carta produjo en el espíritu de Fraga, que no me volvió a escribir hasta que me pudo anunciar al comienzo de 1888, la constitución del club "Los Independientes", fundado por él a mi conjuro y a guisa de la vanguardia de la fuerza del porvenir. Que a ejemplo mío, depositaría todo lo recaudado en un banco, para demostrar a los emigrados lo mucho que sin sacrificio personal de nadie se podía hacer, y que contara con él otra vez con tantos bríos y entusiasmos como yo.

En ese club, fundado en el principio de 1888, como antes he dicho, fueron ingresando Calixto García, Juan Gualberto Gómez, y los cubanos más prominentes de New York; el mismo Martí hizo su ingreso en 1890, y cuando yo me disponía a establecerme ese mismo año en New York, recibí la noticia de que José Martí, invitado para hablar en Tampa por Néstor L. Carbonell, se había



puesto al frente de una nueva organización llamada "Partido Revolucionario Cubano", cuyo primer comité fué el club "Los Independientes". Fraga me escribió sobre esto a París, y mi contestación fué que prestara todo su concurso a la obra iniciada por Martí.

En París recibí carta del General Máximo Gómez a fines de 1892, de la que me permitiréis que lea lo que sigue:

"Monte Cristo, 25 de diciembre de 1892.

Dr. Eusebio Hernández.

Con mucho gusto me he enterado de todos sus conceptos y me place sobremanera por cuanto me siento fuertemente interesado en los asuntos cubanos que usted y Juan Fraga estuviesen iniciados en los trabajos que hoy por hoy, y a juzgar por las apariencias, con tan buen éxito va llevando a cabo José Martí, revestido de buenos poderes para tal empresa por la mayoría de los cubanos. Parece-me a mí que si hombres como usted se pusiesen al lado de Martí en estos momentos, quizás se pudiese llevar más pronto a feliz término la obra comenzada. Martí vino a verme y a pedirme mi concurso, y como mi espada siempre que el brazo pueda moverla estará dispuesta a defender los derechos de la futura patria de mis hijos, contesté a Martí lo que mi corazón y la conciencia me dictaron. Cuba puede contar con mis servicios a la hora que los necesite y recordé una patriótica frase de usted cuando juntos nos fatigábamos en igual deseo de caer en Cuba (en 1884), etc. Decía usted entonces: "Yo soy soldado sin condiciones". Eso he dicho yo ahora a José Martí.

Volviendo a la solución del actual movimiento que con incomparable tesón agita Martí, creo como usted que el asunto pide demora, con mayor razón si—como se tiene previsto—en el plan general, esta vez se espera que la iniciativa parta de dentro, etc.

Reciba usted muchos cariños de todos los míos, póngame a los pies de su señora, y soy de usted aftmo. amigo,

(f.) *M. Gómez.*"

Esta carta es extensa y toda ella muy interesante, pero he leído solamente los párrafos que anteceden porque demuestran que Gómez al hablarle de Cuba olvidó la dura epístola en que Martí le negó en 1884, su concurso, y porque Gómez revela en ella su creencia—como la mía—de que se necesitaba mucho tiem-



po para lograr lo que Martí perseguía con todo el influjo de su palabra vibrante y elocuente y de su creciente amor a Cuba.

En vista de la indicación de Gómez de que prestara mi concurso a Martí, escribí a Serafín Sánchez en esa sazón en Cayo Hueso, sobre el particular, para que llegara a conocimiento de Martí, de quien era muy amigo; y mi sorpresa fué grande cuando en su contestación me decía Serafín que por el tiempo que faltaba para la revolución, él creía que, en vista de mi quebrantada salud, cada día peor en París, yo debía venir a reponerme a la Habana.

Como los médicos me ordenaron que saliera de París si no quería perecer en dicha ciudad, resolví dirigirme a Cuba por vía de New York. Vino a verme Martí en seguida, estaba envejecido, mal vestido, algo abandonado en su persona, como que había abandonado todos sus negocios y economizaba el dinero de las recolecciones como un avaro sus millones. Martí no hablaba más que de Cuba, de la inmediata revolución, y me propuso que no siguiera a la Habana. Aunque realmente vacilé, no se lo hice notar sin antes verme con Fraga. Vino el mismo día el viejo amigo a darme un abrazo y le pregunté con qué contaba Martí para hacer una revolución inmediata. Fraga no me podía engañar, me dijo que no pasaban de diez o doce mil pesos los fondos con que contaba en aquel momento (diciembre de 1893). Y en vista de esa revelación, resolví seguir a la Habana con mi familia, supuesto que, aunque Martí rectificando su primitivo plan resolviera invadir el territorio cubano el día que contara con los medios necesarios, eso no podía suceder antes de dos o tres años.

Muchas personas me habían asegurado de antemano que nadie me molestaría en la Habana, como así sucedió; mis trabajos científicos de París me habían dado a conocer lo bastante, para que distinguidos médicos, representantes de la Academia y de la Prensa Médica, y amigos particulares, fueran a recibirme y que por espacio de algunos días desfilaran por el hotel Mascotte muchos cubanos ilustres de esta capital. Una conferencia dada en la Escuela Libre de Medicina, Cuarteles 7, muy concurrida, me abrió las puertas de la profesión en mi especialidad y sin pasar por el noviciado que acompaña generalmente al recién llegado, abrí mi consulta a los pocos días en Prado 77 A, con una clientela que fué en aumento a medida que pasaban los meses. Esto sucedía al comienzo de 1894.

No podía, pues, quedarme en New York; Martí no había variado el sistema de conspirar; el dinero de que disponía era el producto de colectas entre los pobres, es decir, lo que yo sin resultado económico suficiente y rápido había probado ya; si Martí hubiera aceptado mi plan de aguardar para movernos, a tener depositados en un banco seiscientos mil pesos (600,000), para invitar después a una reunión en New York o en otro lugar de antemano convenido, a representantes separatistas residentes en la Isla, a representantes del partido autonomista, y a representantes del elemento español de Cuba para que vieran nuestros recursos y “discutieran o se negaran a discutir”, con nosotros, la oportunidad de un nuevo movimiento, yo hubiera permanecido en los Estados Unidos con Martí. Poco hubiera podido hacer, en cambio, con el sistema por él seguido, sin dinero, en los momentos mismos en que me hablaba de una formidable revolución, hubiera sido echarme consciente, en brazos del azar que no me hubiera sido lícito dirigir o intentar dirigir, puesto que la dirección la tenía él de hecho.

Además, hemos visto anteriormente la opinión del General Gómez de que sería obra de mucho tiempo mover en el país con probabilidades de triunfo a los partidarios de la independencia sin haber llegado (y esto lo digo yo), Gómez, Maceo, Calixto García y sus principales tenientes; así lo escribió al general Carrillo también.

Cierto que Martí había dicho en una ocasión que contaba con la “torpeza de los gobiernos españoles”. Este factor, muy conocido en la colonia, no se hizo esperar: las reformas de Maura degeneraron en las de Abarzuza y reducidas por fin a simples promesas. Las primeras ampliamente planteadas, hubieran acaso, “prolongado la tregua”; las segundas trajeron el descontento y Martí aprovechó el instante preciso para ordenar el movimiento de Ibarra aislado y sin apoyo, el de Oriente vacilante con Moncada muy grave, y los españoles asustados produjeron “en tiempo” el capitaneado por Masó que no tuvo comunicación directa con Martí—según me aseguró en la revolución. Fracásó Ibarra, fracasaron las expediciones de Fernandina, vaciló Oriente, esto es, Santiago de Cuba, pero se sostuvo el noble Masó, y “lo que era preciso”: *desembarcaron Gómez y Maceo.*

Y es que en 1895 había desaparecido la esclavitud, todos los cubanos eran iguales ante la ley, la propaganda separatista había

echado hondas raíces en todo Occidente, y espigado en el resto del país, como que no había en él quien desconociera los triunfos fabulosos que se referían con entusiasmo y admiración por los padres a sus hijos, de Agramonte, Maceo, Máximo Gómez, Calixto García y Sanguily, ni quien ignorase los principios proclamados en Guáimaro, y no sintiera—para gozar de ellos—la necesidad de la independencia; en una palabra: la “tregua del Zanjón había llenado su objeto en sus resultados no pactados, removedores de los obstáculos que impidieron el triunfo en la guerra del 68 al 78”. Desde ese instante la Revolución podía empezar dentro o fuera; ser o no ser importada, a fecha fija o inopinadamente, que las leyes naturales se cumplen a su tiempo a despecho de los intereses de determinados estados sociales, de privilegios de casta o de clases, si se oponen a los grandes intereses humanos sintetizados en el nacimiento de una nacionalidad, y “eso supo verlo y aprovecharlo de manera genial, José Martí.”

Tal fué, señores, a grandes rasgos descripto, el período revolucionario de 1879 a 1895. De él se derivan grandes enseñanzas que no he hecho más que esbozar, por no seguir abusando de vuestra benevolencia más allá de las dos horas que lleváis prestándome vuestra atención.

Que todas las luchas que hemos sostenido contra el poder de España hayan templado nuestro carácter, lo hayan acendrado en el amor y respeto de nuestra nacionalidad, que debe ser para nosotros—sin flaquezas de espíritu—imperecedera, y que cada nuevo período presidencial esté señalado por la creciente devoción a la vida constitucional, a la tolerancia de nuestras faltas tradicionales, al mejoramiento de nuestro pueblo por la independencia de los poderes del Estado para lograr el funcionamiento regular de nuestro Estado Democrático, conciliando la Autoridad sentada sobre base moral, con el orden nacido del reparto equitativo del bien común que lo asegura; y todo esto en medio de la existencia sossegada que proporciona la garantía de la vida, de la propiedad, del respeto sin restricciones mentales siquiera a la libertad del pensamiento, de la palabra hablada o escrita y sobre todo, por la aceptación franca, completa y necesaria de las reformas humanas, cristianas y justas en bien de los menesterosos, de los proletarios, de nuestro verdadero pueblo, que ha impuesto ya en todas las grandes naciones la “Democracia social.”





PATRIMONIO
DOCUMENTAL

INSTITUTO VENEZOLANO
DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

